

TIERRA SANTA ANTONIA

# VALDEJIMENA

Cuento novelesco de gentes  
y costumbres

POR

MARIANO D. BERRUETA



CIENFUEGOS  
IMPRESA DE CALATRAVA  
de Manuel P. Criado

1908



DGCL

A

VALDEJIMENA

+166823

CB-1214533

VALDELLINA

❖ TIERRA ❖ SALAMANQUINA ❖

---

---

# VALDEJIMENA

Cuento novelesco de gentes  
y costumbres

POR

MARIANO D. BERRUETA



SALAMANCA  
IMPRESA DE CALATRAVA  
á cargo de Manuel P. Criado

—  
1908

LIBRERIA DE CALATAYUD

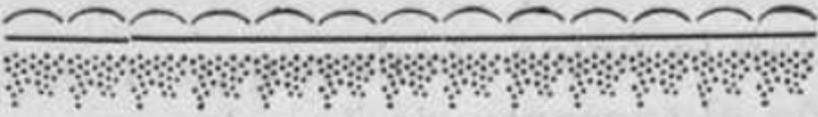
# VAPORJIMENA

Un libro nuevo de los  
y contemp.

MARIANO D. BERRIETA



R. 135194



## AUTO-PRÓLOGO

Esto que vas á leer, lector, no sé si amable ó displicente, no ha sido escrito para tí; lo fué para los que no saben leer.

Yo siento aquí, en las entrañas, un amor á "mi tierra,, á la tierra que entra por los ojos, á la patria-suelo, concretada tal vez en mi mente por un campo de trigo, enorme, llano, callado y quieto, un río cuyo rumbo se señala por unas alamedas en que cantan ruiseñores y jilgueros y

dan la única sombra que empañña el torrente de luz de un sol de realeza soberana, un encinar ramoroso, de dulce misterio, como alma de niño, un pueblo con casas de tierra, con portales de zócalo azul, una iglesia con espadaña, de suelo pizarroso, de vigas al aire y coro que por milagro se sostiene, un cementerio donde la gente es “enterrada,” y no encasillada en la pared..., una charca que la higiene “proscribe,” donde las ranas viven lindamente, un olorillo á “quemado,” que exhalan las calles sin acera, sin letreros, sin anuncios, sin arcos de luz, sin nada... y unas gentes que dan el pecho á la vida y á la muerte con igual valentía.

Y cuenta que estos valientes son los que no saben leer, á los que dedico estas narraciones, y me daré por bien pagado si alguien, ilustrado ó pervertido por las letras, da lectura á mi novela, y la escucha un charro, rentero al por menor, trillique de las eras, ó pastor “enamorado”, y éstos lo comentan, y quiera el cielo que alguno de ellos dijera: “Eso está bien hablo”.

Porque á medida que va uno entrando en la vida, va dando á las cosas su lugar y colocándose en el propio.

Y “mi gente”, es esa.

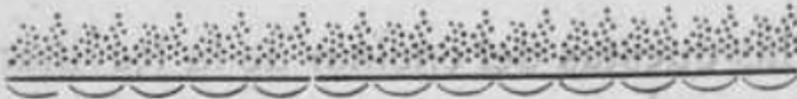
La gente que al cabo de los años no ha tenido más que un par de penas y otro par de calenturas; la que se entrega al

vivir con alma entera y repulsa con gesto de asco invencible tantos miles de fórmulas como la cultura de los cursis ha inventado para corrompernos las oraciones; la que contesta con un ¡dejadme en paz! á los que se empeñan en hacernos vivir como á ellos se les antoja.

Y, sobre todo, prefiero cien veces para mis libros un crítico que no sabe leer, pero no es tonto, que cualquier tonto que lee y no entiende.

Porque esto de creer que los analfabetos son los más ignorantes es una insigne mentira.





## CAPÍTULO I

### La Romería

#### I

Pocos paisajes tan salamanquinos como estos campos que desde Alba de Tormes guían al Santuario de Valdejimena; campos que recorrió el vaquerizo de la Moraña detrás de su serrana, dejando de paso en sus églogas la mejor geografía, la más perfecta flora y la dulce poesía de la gallarda tierra castellana.

Viaje delicioso, entre la amenísimá alameda de Navales, dejando á la derecha la fresca orilla del río y

las cuestas del encinar de la Revilla; pasando montes y montes, tierras de trigo, campos de floridas algarrobas, barbechos sombríos, laderas en que el aire abatía los centenos en ondulante movimiento; allí Herreuelo delante de ancho prado, entre suaves colinas de verdor alegre; allí la Anaya como nota cálida en el tono grave de los campos; más lejos la casa de la alquería rodeada de opulentos álamos; el caserío de Sambellín; el eterno monte de Valverde, los altos y los bajos, con sus encinas que clarean á ratos para descubrir el suelo que empapa codicioso la luz, y sus tupidos en que apenas filtra por la enramada una dulce claridad, entre el olor de los tomillos y romeros y cantuesos, y sobre todo, de ese aroma de búcaro que de la tierra rociada levanta el aire que la orea..... y allá, al revolver de una

cuesta, la torre del Santuario de Valdejimena sobre la cual parecía cernerse la fe de los campesinos, grande como los encinares.

Y esto dicho, y esto andado, veamos la romería celebérrima de Valdejimena que por breve tiempo anima aquel de ordinario silenciosamente majestuoso egido, donde la Ermita, unas cruces antiguas que la rodean, la casa del capellán y la plaza de toros son los únicos claros que entre un encinar tremendo se descubren. Alrededor de la iglesia, en curva graciosa, se sitúan los puestos de un ferial que tiene algo de fiesta mora y algo de exposición regional de industrias y productos; la loza vidriada de Horcajo Medianero; los botijos labrados con primor, de Cespedosa; los faroles y regaderas y cantarillos y cazos de la Horcajada; los lindos canastillos de

vivo color y trenzada malla, de Baños de Béjar; amén del sinnúmero de baratijas de tiendas que macoteros y serranos y avilese, y sobre todo peñarandinos, colocan allí donde se puede, no sin previas peleas y á veces estacazos, por si el primer ocupante dejó ó no dejó una prenda ó al menos una piedra por señal de primera ocupación.

Y el que quiera frutas y dulces y menudencias, allí tiene las clásicas rosquillas de Ledesma, las almendras «agarrapiñadas» de Alba; las cerezas, algo alegres, de Navalconcejo; naranjas de Cañaverál, higos de la Sierra y entre col y col vino á todo trapo, aguardiente triple ó quintuple, leche helada, agua con azucarillos, y alfañiques colorados que chupan los muchachos y de ello les resulta una boca que parece un pimiento morrón.

Las *timbas*, las ruedas de la fortuna, y las otras ruedas en que por una perra chica se hacen tres tiradas y de las tres, ó no se saca nada, ó se saca un vaso roto ó un pito ronco, se ven rodeadas de corros apretados de charras y de charros, serranas y serranos, que aprovechan acaso la ocasión para algún pellizco insinuante ó para un cogotazo en gana de broma, pero que al fin cogotazos y pellizcos son.

Desde muy temprano empezaron á bajar por las laderas del monte lucidas, vistosas, «teatrales» cabalgatas, de los cuatro costados, de todos los pueblos de la comarca y de varias comarcas más ó menos vecinas.

Las caravanas del valle de Corneja, los serranos de Piedrahita, el Concejo de Caballeros, el Barco de Avila... vienen por entre las encinas que rodean las alquerías de los San-

cho Pedros; por el naciente, alrededor de Horcajo, con el sol, bajaban los de la Moraña que llega hasta Rasueros; por el poniente los bejaranos, los de la Hoya y Montemayor, Lagunilla y Valdegebe, Colmenar y la Garganta, y por Chagarcía innumerables partidas de unos y otros lugares; y he aquí cómo se llena el valle y se pueblan los montes y adornan las encinas con las gentes de estos y los otros campos que al Santuario llegan por los cuatro costados que la copla dice:

Virgen de Valdejimena,  
que entre monte estáis metida  
entre Valverde y Horcajo,  
Sancho Pedro y Ghagarcía.

¡Y qué llegada, voto al cielo castellano!

Tiene este monte de Horcajo,  
donde está la ermita enclavada, más

vueltas y revueltas que el río de Pardierno, modelo y prez de sinuosidades exquisitas, y por todas las partes del monte venían, como radios de ruedas, las gentes de la romería, y entre el color de las encinas, y sobre el verde suelo, y bajo el azul celeste, pintábase el cuadro más bizarro y gentil que pueden ofrecer tierras castellanas.

Al trote ligero, en caballos que por la yerba corrían retozones, llegaban parejas alegres; luciéndose sobre la enjalma encarnada de flecos amarillos los manteos de la jineta que, recogida la falda blanca é insinuando las medias bordadas, con mantón de Manila en los redondos hombros y gallardo cuerpo, tendía los brazos al pecho del jinete y venía éste con su caballo, su compañera y su enjalma, más altanero y

triunfador que el Rey Fernando cuando entró en Granada.

Serranos y serranas de las vecinas rayas de Avila y de Béjar, charros y charras que en lucirse y «pintarla» en mulos y yeguas y caballos competían, de Horcajo y Ruibarbo, Salobral y la Vega de Plasencia, El Barco y Cañaverál, Alba y Peñaranda, La Moraña y Montemayor... *de urbe et orbe*; poblaban el majestuoso egido de Valdejimena como pastillas de color de una paleta rica y pródiga.

Los manteos amarillos, rojos y azules, los mantones de bordado florido, los pañuelos blancos, verdes y de rosa; los trajes de fiesta de los charros, los sombrerones y gorrillas adornados, los cintos de cuero, el brillo de los botonazos sobre el fondo limpio de las camisas de deshila-

do..., el trotar de dos ó tres mil cabalgaduras que por el monte entraban turbando su solemne majestad; parecían algo de mágica invasión de esos coros de aldeanos que en el teatro llenan el escenario en las zarzuelas; pero ¡ah! que de aquella gigantesca escena á esas copias de tramoya, va lo que del monte agosto á los jardines ingleses que rodean una estatua de una cualquiera plaza de la Constitución.

El alojamiento y parada de los grupos era bien sencillo; un tirón del ronzal para detener de repente el trote descompasado; el hombre saltaba por el pescuezo del jamelgo y unos segundos después se dejaba caer la mujer en brazos del galán, soltándose á escape las recogidas faldas dando un par de brincos para desentumecer las coyunturas.

Poco después una encina recibía en las ramas las mantas y arreos, las alforjas de tiras azules y blancas y tapabocas; á la caballería le ponían las apeas; sacudíanse el polvo del camino... y á almorzar unas magras provocadoras y unos cachitos de pierna de carnero y que después suceda lo que quiera.

No faltaban tampoco los carros bien pintados que ostentan además el nombre y pueblo del autor, del pintor, del dueño y no sé si también de los que van encima.

Y toda aquella gente venía á Valdejimena con un espíritu aun más alegre y retozón que el airecillo fresco de una mañana en que el sol había asomado sus rozagantes esplendores entre nubecillas largas, blancas, deshiladas como esos céfi-

ros que no ocultan, antes hacen aún más hermosa la cara de las mujeres.

\*  
\*  
\*

La fiesta de iglesia daría mucho que contar, pero es bueno dejar algo en el tintero á no ser aquel asperges de Felipe el de Horcajo, aquel infinito *Incarnatus* de Domingo del mismo pueblo, y aquel sacar mujeres y hombres mareados á quienes una digestión interrumpida ponía en graves aprietos ó flojedades.

El sermón acertó á gustar á charros y no charros, y es tan cierto, que sólo hubo una persona en la iglesia que deseaba con vivas ansias la terminación; esa persona era el que estaba ardiendo en ganas de cantar el *Incarnatus*.

Terminada la fiesta la procesión salió para dar vuelta al Santuario,

entre el más bello *desorden* que pueden producir ocho mil personas gobernadas por un alcalde y unos pocos guardias civiles.

La comitiva emprendió su curso dando la vuelta á la iglesia; el pendón cubierto delante, un pendón que lleva fama en la provincia por que ha descoyuntado no pocos dedos pulgares á muchos mozos presumidos que quisieron hacer excesivos disparates gimnásticos; alrededor un buen golpe de gente, un clérigo y unos guardias civiles, que todo hacía falta para evitar competencias acrobáticas... y un buen rato después otro grupo sobre el que se alzaba la hermosa imagen de Nuestra Señora de Valdejimena, Reina y Señora de aquella inmensa concurrencia, de aquellos ocho mil aldeanos que no saben de monarquías otra cosa sino que es la Reina de estos

campos castellanos la Virgen de Valdejimena.

. . . . .  
Hizo alto el pendón, y deteniéndose la comitiva, acudió la gente, haciendo corro para oír la relación que había de «echar» un mozo del vecino Horcajo.

Sin previo toque de atención y sin que presidente alguno dijera «tiene la palabra Domingo Sánchez», rompió éste en medio de un silencio asombroso.

Miles de oyentes escuchaban.

Estaba el mozo subido en lo que había de ser tendido de la plaza, y con el sombrero en la mano derecha y en la actitud más bizarra que puede figurarse, con voz más que bastante á ser oída en el mismo Horcajo que dista media legua, declamó en tono castizamente charro la leyenda:

Virgen de Valdejimena  
Relicario porpurino,  
Estrella de la mañana  
Madre del verbo divino,  
A vuestras plantas se postra  
Este pobre pecador  
Pidiendo, Virgen María,  
Humildemente perdón.  
Hoy es el segundo día  
Pascua de Pentecosté,  
Y tu fiesta se celebra  
Y te venimos á ver.

Un murmullo de aprobación expresó con elocuencia solemnísimá que aquel hombre era verbo de aquella muchedumbre y que por sus labios hablaban todos los que en silencio le escucharon.

Aquel murmullo vino á propósito para que el mozo dijera:

Hermanos del corazón,  
todos postrados de hinojos  
en aqueste templo santo  
portada del cielo hermoso

Hermanos que me escucháis  
todos debemos saber

que Dios murió por nosotros  
nosotros... ¡morir por Él!

Mas por desgracia sucede  
casi todo lo contrario,  
el Rosario y Santa Misa  
lo tenemos olvidado.

Estamos mu pervertidos  
llenos de cieno y de lodo,  
no debiera ser así,  
pues hay tiempo para todo.

Al llegar aquí, el murmullo de la  
otra vez experimentó un notable  
*crescendo*; era indudable que aquel  
«hay tiempo para todo» expresaba  
un sistema de filosofía muy confor-  
me con la opinión general.

Hincó el mozo la rodilla en tierra,  
como final de la relación, y entre  
los gritos de aplauso de la muche-  
dumbre emprendió de nuevo su cur-  
so la procesión interrumpida camino  
del precioso Santuario.

Aqué! era un orador que contaba  
con el voto ardoroso de todos los  
oyentes, cuya expresión había sido;

aquella fué la musa del pueblo, re-vestida de rústico ropaje de silvestre donaire; allí había hablado con natural sencillez el arte de los campos, el que recoge del tomillar frescos aromas, y del sauce, á orillas del río, dejos melancólicos, el que respira al aire libre, el de la lira colgada del roble, el que sólo sabe cantar al són de la dulzaina. Y entró la procesión en la iglesia, y de nuevo la musa popular, fresca y lozana, cantó con dulce inspiración.

Cogidas, muy cogidas del brazo, se adelantaron del grupo de las demás unas cuantas mozas garridas, de no sé qué lugar, y formando ala cantaron, en el tono dormilón del canto de la arada, las coplas de la ofrenda; coplas rebosantes de sabor charro, cantadas con devoción ardorosa, mirando fijamente las cantoras á la sagrada imagen.

Tres puertas tiene la ilesia;  
entremos por la mediana,  
a a a a a a a a a a a a a a a a  
hagamos la reverencia  
á la Reina soberana.  
a a a a a a a a a a a a a a a a  
Virgen de Valdejimena,  
te venimos á rogar  
que nos des paz en el pueblo  
y mucha tranquilidad.

Y era este coro la música sencilla de aquella tierna escena de colocar las madres á los niños debajo del manto de la Virgen; y era hermoso ver que los niños, lejos de llorar, se estaban quietos, á gusto, sentaditos, en las andas, bajo aquel manto de oro.

Aquellos niños de gorrito azul y cintas coloradas, serán hombres, y sea cualquiera su suerte y su vida, morirán con la fe viva, con el recuerdo bendito de que aquella Virgen de Valdejimena les tenderá su manto cuando el cuerpo vaya á



aquel corral, que parece un cementerio, y el alma honrada suba al monte eterno.

.....  
Y se irán al cielo aquellos hombres como á una romería que ha de durar los siglos de los siglos.



**Españolismo puro**

Unos, bajo las encinas, formando ranchos alegres; otros, en la casa del hospitalario capellán, convertida en pintoresca mezcla de hospedería y campamento; todos comieron y bebieron aún más de lo que es menester para mantenimiento del cuerpo y conveniencia espiritual, y es esto tan cierto, que era fácil notar en la bulliciosa algarabía que á los postes saltó al compás de los tapones de las botellas.

Y de la comida, fuése la gente á la plaza de toros con aquella natu-

ralidad y lógica que conduce de una á otra función.

Solamente comieron algo menos y bebieron poco el *Cuchareta*, por otro nombre *El Ajo*, que al frente de su cuadrilla había de lidiar los novillos cuatreños, procedentes de la Derrengá y de no sé qué otra dehesa.

¡Pobres toreros!

Aquella gente bohemia no parece hallarse mal con su vivir irregular y vagabundo; pero ¡ay! que aquel embozarse en las livianas capas toreras para resguardar el cuerpo mal abrigado de un frío impropio de Mayo, y aquel arrimarse á la lumbré, y sobre todo, aquel echar la cuenta de las perras, como quien habla de perlas y rubies, me traía á la memoria la primera página de las «memorias» de Wagner, cuando el músico dice: «¡Pobreza, dura mise-

ria, yo quiero celebrarte, mi fiel compañera, que me has seguido á todos los lugares, yo te agradezco tu maternal solicitud; pero ¿no podrías en lo sucesivo practicar tu asiduidad en favor de un nuevo protegido?»

Y al reflejo de la lumbre, aquella lumbre espléndida en que sobre ancho circo de paja de algarroba ardían dos troncos de encina y cocían ya á borbotones los pucheros y sartenes de la cena..., se veía flotar sobre los toreros pobres la sombra de los héroes de Murger y de Gorki, de Quevedo y Rojas, el alma de Diego de Torres, la gracia de Lazarillo de Tormes, y de Guzmán de Alfarache, y del escudero Marcos de Obregón, y completaba el cuadro ese color especial que pudiéramos llamar marca española.

Aquella cocina valía para el arte un dineral.

Allí toreros, charros, clérigos; noticias de la corrida y del estado de las cosechas y del sermón de la mañana, pero todo penetrado de un españolismo robusto y acendrado, en cuyo ambiente de tabaco y humo de leña parecía revivir el hada del romancero.

No faltaba allí tampoco la música de pandereta, acompañando á la copla popular:

Las maderas de esta casa  
son de pino y de nogal,  
y el capellán don Eustasio  
las merece de cristal.

.....

—

Ya me lo habéis conocido  
en el modo de cantar;  
soy peñarandina fina  
pa lo que gusten mandar.

.....

Pero volvamos á la corrida, que ya está todo arreglado para dar prin-

cipio y ya se han repartido unos paños los mozos de dos pueblos rivales, sin cuyas condiciones, como es natural, no había de salir al mal llamado redondel el primer novillo.

Un incidente, que si no estaba previsto, merecía estarlo, vino á interrumpir la ya monótona marcha de la corrida.

El sexto toro arremetió con tal brío sobre una especie de puerta que cerraba uno de los boquetes de la plaza, que los muchos charros que sobre la puerta estaban montados, y los que tendidos de barriga en el suelo miraban por bajo de la puerta, y los que subidos en los anteriores miraban por las randijas, salieron de mala manera atropellados á un tiempo por el toro, por la puerta rota y unos por los otros, entre la admiración de todos los concurrentes, pasmados del milagro asombroso que

representaban, saliendo con vida en todas direcciones, lós treinta ó cuarenta individuos atropellados, embanastados, pisoteados... y como si tal cosa les hubiera acontecido.

El toro, convirtióse, de acometedor, en víctima y se llevó una de estacazos que no era de envidiar; hasta que, puesto en fuga, echó monte adentro, poniendo en desbandada tremenda, gigantesca, á las dos ó tres mil cabalgaduras que pugnaban por huir á saltos, ya que las apeas no consentían el galope tendido.

Sin hacer caso á nadie, siguió el toro su carrera camino de la Derren-gá; de seguro entraría corneando á los novillos como quien dice: ¡á mí ni *El Ajo* me torea!



Dos días duró la romería, sin con-

tar la víspera solemne, ni el epílogo no menos resonante, y esta relación que voy haciendo me habría de ocupar otro tanto si hubiera de decir todo.

La gente fué á dar una vueltecita por el baile, que como postre de la corrida y como consecuencia de la comida, y como preludio de la merienda, se *armó* en la plaza de toros así que el último de éstos tomó las de Villadiego.

Redobló, pues, con todos los redobles posibles el tamboril; chilló en el más requiloriado de los tonos la gaita, y comenzaron á levantarse á intervalos, en saltos desiguales, las cabezas de charros y charras, sobresaliendo del corro de los espectadores.

.....  
.....

A lo mejor del baile se encontra-

ban los concurrentes, que llenaban casi por completo la plaza de los toros, levantando una polvareda de cien mil demonios, cuando he aquí un oportunísimo chaparrón, un solemne aguacero, capaz de apagar muchos ardores.

La gente aguantó la primera rociada por aquello de que no se dijera que por poca cosa se acababa la broma; un ratito después, las de los pañuelos de Manila escaparon en dirección á las encinas del monte, y una racha de viento fuerte, que de la sierra soplabá, fué el toque de desbandada obedecido por todos á escape.

Por otra parte, ya estaba cerca el anochecer, y la desbandada fué definitiva; cada grupo acudió á la encina donde las caballerías y las ropas estaban; se recogió todo en menos de lo que se tarda en decirlo, y volvie-

ron á desarrollarse las escenas de la llegada, con la única diferencia de realizarse en orden inverso.

El agua no amainaba por lo pronto, y fué conveniente poner las enjalmas al revés y las mujeres las sayas encima del pañuelo, saliendo á buen paso las consabidas parejas sobre los caballos y mulos trotadores.

Al verlos ir, alguien se hubiera acordado de la clásica retirada de los diez mil ó mejor aún del robo de las Sabinas.

Todavía, desde los jamelgos, volvían la cabeza los buenos charros y las buenas charras para soltar al aire, en dirección al Santuario, un... Hasta ootro... aaaño, que el trote hacía entrecortado.

Filosofemos nosotros, un poco, para despedida.

Aquellos charros serán los mismos que pasean las calles de Sala-

manca por la feria de Septiembre; serán los mismos, pero no lo parecen; y es que en la ciudad, desde las losas de las aceras hasta las columnas de la Catedral, todo tiene la labor que le ha dado la mano de los hombres, en tanto las encinas y los jarales y los valles y sotos y alamedas y el aire que las orea y el agua que les presta su frescura y la luna que en la noche clara, suave, vierte su luz de nácar y el sol ardiente que en la siesta abrasa y la mañana alegre y la tarde tranquila... nada es obra de otros hombres que digan al charro: eso, no lo sabes hacer tú.

No; en Valdejimena el charro es protagonista; en Salamanca es el espectador; y las encinas del egido que rodea al Santuario son hospitalarias, dan sombra y abrigo y hasta se ofrecen de guardarropa y almacén sin previo ajuste, sin tropezar

con un guardia del Concejo, sin pagar una peseta de consumos.

¡Con qué encogimiento se mueven los charros en la ciudad, y con cuánta holgura se agitaban en aquella feria campestre, en medio del monte salamanquino!

¡Oh, santa libertad la de los campos! y ¡oh, grande esclavitud la que bajo quinientas formas ha inventado la civilización en las ciudades!

Entra un charro por la puerta del Río, en Salamanca, y le echa mano, con malos modos tal vez, un agente de consumos, y le registra las alforjas y si se resiste, hasta los calzones ha de bajarse para que no pase contrabando; concluída la operación, no falta nunca un estacazo para que el jaco en que el charro llega, entre de estampía en la ciudad, y se cuele al trote por las calles, en donde le sale al paso un guardia que

lo detiene y de paso llama al charro cualquier cosa nada buena.

Y ¿para qué más pormenores?

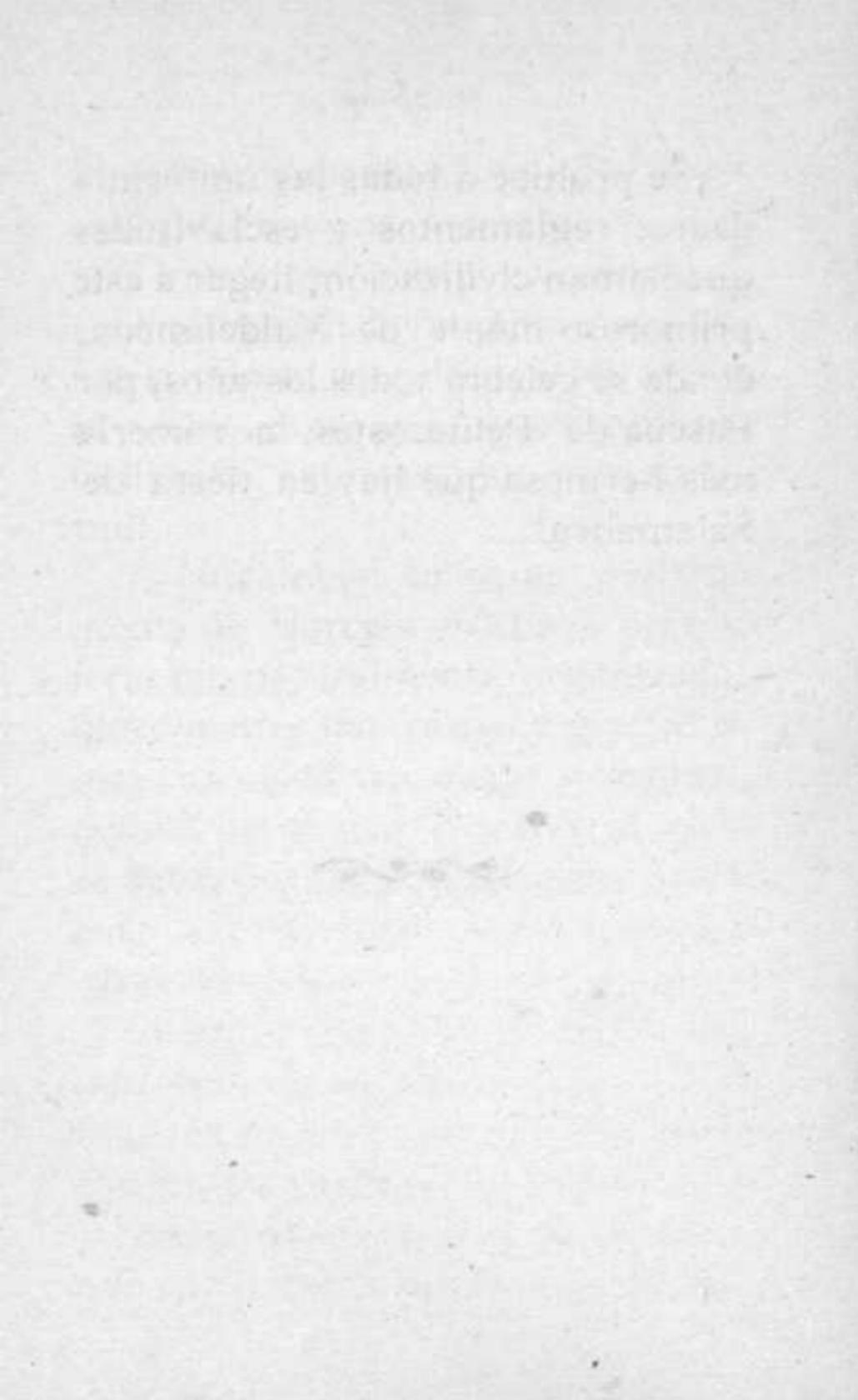
Hasta que el hombre vuelve á pasar la puerta del Río, en dirección al pueblo, ¡apenas se ve un momento libre de explotaciones y esclavitud!

Y, en cambio, en aquel gallardo monte de Horcajo Medianero, ¡qué feria tan naturalmente organizada, qué donaires tan frescos y graciosos, qué amenidad tan nueva y original, cuánta hermosura que sólo al cielo se debe, cuánta libertad para vivir, cuánta fraternidad verdadera y sencillez amable.

Al hablar Becquer, el dulce melancólico, de la gran Toledo, exclama: ¡Se prohíbe á la civilización tocar á estas paredes!... Repitémoslo y roguemos al alcalde de Horcajo que escriba este bando de gobierno:

¡Se prohíbe á todas las uniformidades, reglamentos y esclavitudes que llaman civilización, llegar á este primoroso monte de Valdejimena, donde se celebra todos los años, por Pascua de Pentecostés, la romería más hermosa que hay en tierra de Salamanca!







### III

#### De cómo empieza una broma

No eran sólo espiritualismos religiosos los que por Valdejimena andaban, ni eran promesas de Misas de Salud las únicas que por allí se hacían.

Eran también églogas, idilios, anacreónticas, comedias y melodramas las manifestaciones artísticas de ese eterno poema, que en todas partes establece su escenario y más aún donde la gente joven hace su campamento ó proyecta nidos, que de todo hay en achaques de arte viviente.

Por allí andaba una moza serrana, por cuyo corazón bebían los vientos dos mozos de distinta procedencia y vecindad.

Uno era serrano también, y lucía el mejor bombacho de pana azul que había en su pueblo, medias blancas más limpias que la nieve de la sierra, y desafiando al frío, andaba sin chaquetilla, para mejor mostrar el chaleco con bordados primorosos; el otro era charro puro, sin mezcla de sierra alguna, y toda su fantasía radicaba en los calzones apretados, en las polainas de vaquero con flecos y tiras, la chaquetilla fuerte que, aunque tuviera calor, no la quitaba por nada de este mundo, la media vaca brillante como un acero, y los botonazos, como puños de grandes y robustos, en la camisa con más deshilados y más pliegues que el paño del púlpito.

La moza era, como la que dijo el poeta, «digna de ser morena y sevillana», ya por la gracia con que aldar las vueltas en el baile hacía ondular los lujosos manteos, ya por la cara fina, en que los ojos negros parecían dar luz, y el blanco cuello, que avaloraba una serie de cintas, collares, cruces y medallas que valían un dineral.

Yo no sé en cuánto tasaría cada uno de los dos amantes á la moza, con collares y todo, pero, á buen seguro, que no se quedarían cortos en la oferta, y es justo confesar que en alto precio debía ser apreciada.

Por lo que á la salud atañe, se podía asegurar que no había tenido que tomar la yerba sanguinaria que, según cuentan, sirve para muchas cosas; y de lo que el alma descubre por la cara, no parecía ser mala, ni se veía otra cosa que cierto malicio-

so agrado, disculpable tal vez al verse solicitada y perseguida por dos mozos de tan buen porte y bizarría.

El serrano había conocido á la moza en el pueblo de ésta, el día de la fiesta del lugar, y es de suponer que la primera vez que la vió estuviera ella, «no cogiendo flores y guardando en la falda», como las encuentran los poetas, que yo no sé dónde encuentran esas *gangas*, sino más probablemente mondando patatas ó barriendo el zaguán.

El otro la conoció en Valdejimeña, por la fiesta hizo un año, y no se le habían arreglado las cosas para ir á la Sierra en todo ese tiempo.

Calcúlese ahora con qué ganas la vería de nuevo después de ausencia tan larga, en cuyo tiempo el serrano, que la vió con más frecuencia, más y más se había ido enamorando; que si el sol después de un

eclipse es tan hermoso, más se disfruta de él y de sus beneficiosas influencias cuando todo el día se le ha visto lucir en el cielo.

Así, uno por verla mucho, y otro por verla tan poco, representaban fielmente las dos electricidades de distinto nombre que, aunque parece debían repelerse, se atraen y acaban sus diferencias en el estallar de la chispa encendida.

Había llegado, muy de mañana, al egido de la romería, la muchacha, cabalgando á las ancas de un mulo, en cuya albarda de lujo venía montado nada menos que el Juez municipal del pueblo, persona de todo respeto, á quien se podía confiar una muchacha.

Un poco detrás trotaba otro mulo y sobre él la madre de la serrana, y no mucho trecho después el consa-

bido mozo, lo más airoso y gentil que puede darse.

Por el camino habían venido hablando á ratos, según el trote permitía, pues bastaba que todos vinieran de la Sierra y precisamente al mismo sitio se encaminaran para hacer algo de conocimiento; y más que en el pueblo ya había bailado el mozo con la serrana el día de la fiesta y hasta le había dicho lo bastante para que ella se hiciera de rogar.

El caso es que llegaron á la ermita; pasó delante el serrano mozo y se contentó con decir á la muchacha con unos ojos que echaban discursos lo siguiente:

—Poco he de valer si pa otro año no te traigo yo á las ancas.

.....

Ya estaba en Valdejimena, esperando desde que salió el sol, el cha-

rro enamorado, que nada menos que un año había pasado pensando en la serrana.

Y por mucha prisa que se dió el serrano y por pronto que quiso bajarse el juez municipal, ya entrado en los setenta, allí se plantó el charro para bajar del mulo á la garrida moza que, ni tarda ni perezosa, aceptó los brazos del galán, en tanto el serrano, rabioso y malhumorado, puso las apeas á su cabalgadura y se metió entre las encinas camino del Santuario, recordando una frase que siempre le estaban diciendo en el lugar.

«Tú eres más parao que un par de bues».

Metiéronse la madre y la hija entre un corro de gentes de la Sierra que por allí andaban, y fuese el charro á echar una mano á la pelota con quien se presentara en vista de

que la serrana, por lo pronto, no quería más conversación.

Ya estaba allí jugando el serrano, que tenía una zurda envidiable, y así que vió llegar á las paisanas envió la pelota al tejado más alto de la iglesia entre el asombro de los demás y la indignación del dueño de la pelota, que temblaba por si alguna se quedaba por allá.

No pudo terciar en el partido el charro, pero así que aquél concluyó desafió al serrano y comenzó el juego, dando un *saque* hasta la mitad del monte.

Lo que desesperaba al aguerrido charro era que el rival se limitaba á jugar con la izquierda, como en són de desprecio ó de altivez, y no era eso lo peor, sino que con la izquierda y todo el serrano iba ganando.

Pero ¡ay! que no hay cosa cumplida en estos achaques de compe-

tencia y riña más ó menos pacífica.

Se le fué un pie al valiente serrero, gran jugador de pelota, y dió en el suelo el primer *guarraço* que puede figurarse.

Quedó como una rana.

Una carcajada general fué el acompañamiento del lance, hasta que poco á poco se fué levantando el caído y tal mirada echó á los circunstantes, que todos guardaron la risa para mejor ocasión.

Sacudióse la ropa, se acabó el juego y cada cual se fué por su lado, y las mozas volvieron á juntarse.

Acercáronse los rivales al corro de las serranas, donde la dulcinea estaba, y las amigas de ésta, enteradas del caso y con gana de tomarlo á broma, les dijeron que la moza pretendida quería verlos jugar á la calva, y poco tardaron ellos en buscar marros y hacer la raya y empe-

zar á tirar entre dos filas de espectadores y espectadoras que á ambos lados se dispusieron.

No tenía mal el pulso el charro, pues poco después le llevaba seis rayas al serrano; pero ¡rayos y centellas! al bajarse corriendo á recoger el marro ¡zás! se le rasgaron los ajustadísimos calzones por esa parte que comienza en donde concluye la columna vertebral.

.....  
.....

No tardó poco en volver el mozo arreglado y compuesto, procurando, eso sí, decir á todo el mundo que á no ser por la rotura del calzón él hubiera ganado la partida, y añadiendo además que los calzones eran nuevos y que de puro nuevos, sin duda, se habían descosido.

El serrano, en tanto, había aprovechado el rato para contar á la se-

rrana que su familia, tenía allá en el pueblo, un huerto, que el día de mañana sería suyo, y que daba más naranjas y limas y limones que pudieran pedir todos los que en la romería se encontraban.

Y que, para bien ser, él necesitaba casarse cuanto más pronto mejor, y que nadie mejor que una serrana para gobernar la casa de un serrano y el huerto de la sierra.

Pero cortó la conversación llegando de nuevo el charro, y volvió la broma y la función.

Ya en camino de divertirse más la serrana y sus compañeras, dijeron á los dos enamorados que el preferido sería el que corriera más y mejor, y aunque los mozos estuvieron á punto de mandarlas á paseo, pensaron también que el que se negara á correr podría pasar por ser menos que el otro, y esto de ningun-

na manera, ni en eso ni en nada, que si bueyes tenía el charro, en cambio el serrano, ó su padre, que es lo mismo, tenía un huerto con bastantes naranjas y limones para apedrear á toda Salamanca, y si piernas tenía uno, tampoco el otro era cojo.

Así, pues, corrieron como locos, sin sacarse una línea uno al otro, sin pegar un tropezón, y cuando habían corrido media legua acordaron volver á escape también y en igual competencia á donde estaban las mozas, y llegaron hasta ellas y á poco se las llevan por delante.

Un paso más y los dos echan las tripas por la boca.

Miró á los dos amantes la serrana y así que los vió sudando, por cada pelo una gota, les dijo con mucha sorna:

—Sabéis lo que me han aconse-

jao, que vos dé la contestación pal año que viene por ahora, que si no vos habéis muerto, ya vendréis por aquí.

Con esto se despidió de los dos mozos; pero hay quien dice que después de la despedida volvió á hablar el charro con la moza, y el que lo vió añade que no era precisamente cara de disgusto la que la moza tenía, ni eran tristes, sino codiciosos, al decir del Arcipreste de Hita, los ojos con que el mozo la miraba.

.....

Y no mucho después salían las serranas camino de su tierra; el charro hacia su lugar, en dirección camino de Alba; y el serrano, solo y meditabundo, revolviendo en el pensamiento y en el corazón los celos, el amor y la ira, montó en el mulo y se metió en el monte de Valverde, á tal paso, que en la imposibilidad

de seguirle, le dejaremos ir solo, vaya donde vaya y piense lo que piense.

Las gentes de la romería se habían marchado por entre las encinas de los Sancho Pedros, los del Valle de Corneja, el Concejo de los Caballeros, Piedrahita y el Barco; por Horcajo y sus cercanías los de la Moraña, por el poniente los bejaranos, de la Hoya y Montemayor, Colmenar y la Garganta, y por Chagarcía el resto de los concurrentes, y quedó el valle solemnemente severo, á la luz de la luna, en una noche fresca y desapacible del mes de Mayo, que aquel año venía desatento.

La ermita y la casa del capellán y el montón de las encinas alzaban sus siluetas y tendían sus sombras en el alfombrado suelo, y no turbaba el augusto silencio ruido alguno si no era el de las abubillas y pegas,

que de encina á encina volaban, y las palomas torcaces, que hacían resonar sus amorosos arrullos.

Espantados los pobres pájaros por el ruido de la romería, tomaban de nuevo posesión del monte; el ameno silencio les movía á cantar alegremente y volvían á recrearse entre los árboles, como los rayos de luna que, ocultos por nubes negras, parece que pintan sus cuadros con redoblado amor entre el filtro de la enramada y el andamiaje de los troncos del encinar.

A la poesía de la vida, que prestaron al monte miles de gentes, sucedía ahora la austera, la cuáquera poesía melancólica y suave de la soledad de los paisajes, de la acendrada dulcedumbre del campo castellano, cuanto más grave más hermoso, más amable cuanto más sereno.

que se encina a ventura viciosa,  
las palomas torcazes, que hacen to-  
sacar sus angoras arduas.

Capitulado los pobres pájaros por  
el ruido de la tormenta, tomaban de  
nuevo posesión del monte; el viento  
suficiente les movía a cantar alegre-  
mente y volvían a recrearse entre  
las arbores, como los raves de lana  
que ocultan por nubes negras, ex-  
treme que giran sus cañales con  
resaca, sacando el filtro de la  
encomienda y el arbitraje de los tron-  
cos del encinar.

A la poesía de la vida, que presta  
con el monte miles de gentes, sue-  
ra en la ancha la ancha, la culpable  
y esta melancolía y suave de la so-  
lidad de los paisajes, de la acorda-  
da del estómulo del campo castaño  
con, cuando más grave más hermosa  
más sencilla cuanto más serena.



## IV

### Capítulo de cuentas

Por aquel entonces, en el ilustre lugar de Campoabierto, volvía de la era el Sr. Julián pensando en la niebla que tenía el trigo por no haberle echado la piedra lipiz á tiempo; y en que las mareas de las mañanas podían quemar los garbanzales, porque el sol con todos sus fuegos encendidos estaba arrebatando las cosechas; y en que el anochecer de aquella tarde no había sido del todo bueno, por aparecer unas nubes allá para los Montalvos, símbolo tal vez

de otros nubarrones que de otra sierra habían de venir; volvía el hombre cansado del trajinar del día y más aún con aquella fatiga interior que en un labrador viejo produce la perspectiva de las ya inmediatas faenas de la cosecha.

Había dado aquella tarde una vuelta por las tierras, viendo la muestra espléndida de trigos y centenos y el lozano aspecto de los garbanzales en lo más crítico á la sazón, y la verdad es que unas y otras cosas le tenían sorbido el seso, lo bastante para que no echara de menos al Jacinto, que á la fecha no había vuelto de Valdejimena, á pesar de saber la falta que en casa estaba haciendo; y si alguna vez se acordó, lo arregló todo enseguida con un ¡bah!, ya vendrá, que también á mí, cuando era mozo, me gustaba correr un poco cuando había proporción.

Con tal que esté aquí cuando vengan los gallegos...

Entró en la cocina el Sr. Julián, que este era su primer nombre, sacó del bolsillo «de adentro» de la chaquetilla un pañuelo de yerbas, y tras del pañuelo una petaca, casi negra en fuerza de sobada, volvió á guardar en su sitio el pañolón, y ya libre de trabas, sentóse en el escaño y se puso á liar un cigarro con todos los requilorios que el caso exige.

Mojó los dedos para hojear el librillo; arrancó una hoja, que puso en la boca, pegada del labio inferior; echó tabaco en la palma de la mano izquierda, puesta como una cuenca, para recogerlo; con gran calma fué desmenuzándolo y tirando los palos, que abundaban y no eran menudos ni endebles, y *descolgando* el papel y poniéndolo acanalado entre el pulgar y el índice de la derecha, vertió

en él todo el *puñado* de tabaco, no sin esfuerzos y estrujones.

Y en esto entró en la cocina la mujer, y cogiendo con garbo un puchero, lo metió más en la lumbre, y *rompió* con el siguiente exabrupto:

— Ven pacá, so borrico, que parece mentira que te la dejes pegar como si fuas el bobo de Perigualdo, que le dicen que muerda la reja del arao y la muerde... ¿No podías haberte figurao que el muchacho quería dir á Valdejimena por algo? ¿No te contó el criado que fué con él el año pasao que allí se había emperreo con una moza serrana y que por eso no se vinieron hasta el segundo día, aunque aquí hacían bien de falta pa preparar la cosecha?

Y tú, ¡pedazo de borrego! lo has dejao dir tamién este año pa que se emperre más, y no será por no haberte yo predicao hasta que se me

secó el gaznate; y tú erre que erre, metido sólo en tus cosas, como si en este mundo no hubiá más que coger las garrobas.

Pues has de saber que no tó se arregla en la era, que tamién hay que tener arreglo con los hijos, y echarles cuando viene á pelo la coyunda y gobernarlos, porque no tiene la culpa el novillo, sino quien pone salvajes al portillo, y yo á ellos los disculpo, porque tos hemos sido jóvenes, pero tú no tiés perdón y va á llegar día en que te quiten los calzones y no te des por enterao.

—Pero, mujer, ven acá, que no sé á dónde van esas pláticas ni los muchachos son ningunos perros que hay que ponerlos un bozal y cordel y llevarlos ataos á la zaga del carro, y si el Jacinto se ha enamoriscao de una moza, ya tiene tiempo pa ello y no es ningún destropicio, que tos he-

mos sido mozos y á tos nos ha gustao un cacho de broma sin ofensa de naide, y de aquí á que se case, ya ha de caer agua...

—Pues, á eso voy, alma de cántaro, calzonazos, que no paece sino que los cuatro cuartos que tenemos los has robao ó que no sabes qué hacer con ellos, después del trabajo que te han costao, pa que ahora que el mozo puede ayudarte algo y echarte una mano y dar de sí aunque no sea más que pa dejar los seis mil realazos que te costó librarlo de la quinta, se vaya á casar el día menos pensao con la primera asquerosa que lo engatuse.

—Pero, mujer, sino será pa tanto—se permitió decir el hombre, agachándose para encender el cigarro en una brasa.

—¿No será pa tanto? Pues mira, me vas á hacer el favor de enterarte

de qué mujer es la serrana y de qué tal están sus padres, porque no es cosa de que vayamos nosotros á mantener á cualquier pobreta que venga por ahí. ¡Que la mantenga quien tenga la obligación!... Te vas á coger el caballo el día que puedas y te vas á ir á la Sierra á averiguarlo todo, si tienen ó no tienen... ó si no puedes ir ahora, pa algo están las cartas y los amigos, y malo ha de ser que no conozcas alguien por allí ó en última *instancia* el señor cura ó el maestro puede preguntar y enterarse, porque no es cosa de ir con los ojos cerraos, y yo tendré que verlo todo, porque como espere á que tú te muevas..., dijo y arri-mó de nuevo los pucheros á la lumbre.

--Pero ¿querrás dejarme hablar?  
—exclamó echando el humo de una magnífica chupada, el señor Julián.

—Has de saberte, mujer de los diablos, que cuando tú vas ya vengo yo, porque á tí te se va toda la fuerza por la boca, y en cambio yo soy hombre, que aunque me esté mal el decirlo, cuando fuí alcalde, se vió si valgo ó no valgo...

—Bueno, hombre, bueno, si fuistes alcalde fué por mí, y si hicistes algo con arte fué porque yo te lo dije...

—Vaya como tú quieras y pué que tengas razón, pero yo voy al caso que es bien claro. Has de saberte que vino por ahí el otro día el señor Juan Antonio Marcos, que por la cuenta estuvo en Valdejimena y allí vió al muchacho y á otros que no son el muchacho, y casi sin que yo le preguntara me contó él todo eso que tú me estás preguntando; con que mira si tu marido se entera de las cosas y es hombre pá que se

la pegue nadie...; y dió otra chupada al cigarro y lo dejó reducido á la colilla.

—¿Con que si no te lo vienen á contar no lo preguntas tú? ¿Y tienes cara pá decirlo y no te se cae de vergüenza, so borrico, que paece el borrico del Juez que le pegan palos y paece que no va con él.

—Seré tó lo burro que quieras, pero qué que no digas eso cuando yo te cuente lo que te iba á contar y no me has dejao por meter tú la cueza. Has de saberte, que es á lo que voy, que el señor Juan Antonio Marcos vino el otro día de Valdeji-mena y me contó que por allá andaba el nuestro mozo pegao á las faldas de una moza de la Sierra que á la cuenta es hija de un primo del que estuvo casao con la sobrina del señor Tórtoles, aquel que tenía la

contrata de los chinarrros pá la carretera.

—Yo no me acuerdo ya de tal Tórtoles ni tórtololas..... dijo, con cierto aire, la mujer.

—Pues, como te digo, el Tórtoles tenía una sobrina de unos treinta años, que se casó con un primo de un serrano y ahora paece que el serrano es el padre de la moza que corteja el nuestro Jacinto, y según dice el señor Juan Antonio Marcos, que los conoce bien, no se manejan mal y aun creo que algunos cuartos han hecho, y no es mala gente, y como te digo en lo tocante al día de mañana puá ser que le puean dejar á la muchacha al pie de cuatro mil duros, que no digamos que es pa echar coche, pero si pa pasarlo regular con lo que pueda llevar el nuestro.

—Tú enseguida lo das todo por arreglado, como si no se mintiera nada en eso del dinero y como si el nuestro galán no pudiera mirar á la cara á la mejor moza de la provincia y sin tener que salir de esta tierra y sin necesidad de ir al demonio de la sierra á buscar á nadie.

—Y tú tó lo ves malo y tó lo encuentras mal como no sea cosa que tú mangonées, y ya hemos hablao bastante, y yo tengo más gana de echarme á dormir que estar aquí de conversación. ¡Hemos terminao!

Y tiró el cigarro, digo la colilla, á la lumbre, como quien tira una corona.

La mujer por su parte y no sabiendo con quién pegarla, pegó con el gato que bajo la anchurosa campana dormía á la lumbre, y el gato á su vez, por aquella regla que dice, «á mí me pegan, pégale tú al otro»,

dió un bufido renegón al perro, que también dormía, el cual, no teniendo á quién pegar, se volvió á dormir sin hacer caso de impertinencias ni de riñas.

Y á medida que el rescoldo de la lumbre fué apagando, fué también reinando en la casa el silencio de la noche.

También el mozo, echa cuentas.

Al cabo volvió Jacinto al lugar cuando ya comenzaban las faenas.

El mozo por entonces no echaba las cuentas como su padre, ni éste las echaría tampoco así cuando en su juventud fuera á rondar á la que había de ser su mujer.

Y no es que el galán no fuera *codicioso* para la su casa y la su hacienda, pero era que en el asunto de

la Sierra se había interesado á más del amor el amor propio, y es éste en el charro que tiene dinero, lo que el fuego á la pólvora reseca.

Antes que todo, el muchacho quería de verdad á la serrana, porque era una real moza, por no ser del mismo pueblo que él, es decir, por el atractivo de las forasteras, por la novedad de haberla visto en la romería, y, en suma, porque así le parecía bien, y no hay más que decir, que si fuéramos á analizar, sería cosa de empezar por la gracia que la serrana tenía para hablar y concluir por el pie y la caña que la falda corta descubría.

Quería á la serrana y además tenía muy metidas en la cabeza aquellas cosas que á todas horas oía en casa de labios de sus padres, es á saber: que no había en el pueblo mozo

que valiera más que él, ni camisas como las suyas, ni corral como el que ellos tenían, ni tierra más mollar que la que ellos cultivaban, y si á esto se añade que cierto día, y previos grandes cuidados, le habían enseñado el arcón que en la alcoba guardaba alhajas y dinero, se convencerá cualquiera, de que no era cosa extraña la *fantasia* del mozo, ni que echara por la moza los hígados, si el asunto fuera cuestión hepática únicamente.

Pero ¡ay!, que también andaban en el pecho del galán los mordedores celos; celos del serrano, de los serranos y los señoritos todos, por mejor decir.

Esta dolencia era heredada de la raza.

Más que el amor lo que preocupa al charro son los celos, y en casi to-

das las coplas y canciones de tan consabido género, es la nota celosa la que descuella y domina.

En ellas se queja el amante abandonado de que la mujer se case con otro; sería difícil, aunque muy curioso, coleccionar esa clase de poéticas querellas que en la literatura castellana antigua no escasean.

Así, mientras el serrano apaleando aceitunas cantaba

Dicen que te has de casar,  
así lo publica el pueblo,  
y aquel día se verán  
tu casamiento y mi entierro.

El charro, no contento con una ni con dos quartetas, echaba toda una relación de fandango siempre que arando ó trillando ó aricando se le presentaba la ocasión.

He aquí los versos:

Primera amonestación  
que en la iglesia se corriera,

será el primer paralismo  
que á mi corazón le diera.

Segunda amonestación,  
ya tendrás conocimiento,  
para no darle á nenguno  
palabra de casamiento.

Tercera amonestación,  
ya perdí las esperanzas.

Adiós, prenda de mi vida,  
Adiós, prenda de mi alma.

Tú te irás á casar  
con el novio de la mano,  
á mí me estarán poniendo  
el hábito franciscano.

Cuando salgas de la iglesia  
con toda tu parentela,  
á mí me estarán poniendo  
cantáridas á centenas.

Cuando vaigas á comer  
te acompañan los parientes,  
y á mi cabecera habrá  
cuatro cirios solamente.

Cuando vaigas á bailar  
con todo tu recocaje,  
á mí me despacharán  
con un requiescan in pace.

Luego irás al cimiterio,  
y allí estaré yo enterrado,  
y no serás pá decir  
que Dios me haiga perdonado.

Pero aunque esto cantaba el amante mozo, estaba su pensamiento muy lejos del cementerio, y aunque no á tanta distancia, tampoco creía muy próximo el casamiento de la serrana con el serrano; era aquel cantar una exudación natural de esa melancolía que al amor acompaña como la sombra al cuerpo, como aun en los más felices días ó más halagadoras esperanzas hay siempre un fondo obscuro ó al menos un matiz menos alegre.

Lentamente se impregna de suaves gotas de seriedad austera el alma del labrador, en esas horas de soledad solemne, cuando sin más testigos que el azul del cielo y la grandeza de la tierra va cultivando la labor, y recibiendo como tesoro ignorado las ocultas armonías del nacer del día, los graves silenciosos acentos de la caída de la tarde, la

magnánima hermosura de la primavera, el poético sol que en otoño dora los paisajes; el ritmo de las hojas inquietas, el sonoro rumor del agua del regato; notas acordadas, colores de entonación inimitable, que sin querer educan el espíritu y dejan en él sedimentos que no se manifiestan hasta que el pícaro amor los revuelve y saca á flote de nuevo.

Envueltos, como en gasa de luto, vinieron á la mente del muchacho más alegres pensamientos mientras subido en el enorme carro cargado de mies iba tirando los haces con horquillas de dos gajos.

Era aquel el primer carro que llegaba á la era, y había querido Jacinto ser el primer trabajador que aquel año pusiera manos en la cosecha.

El suelo de la era había perdido ya, bajo el sol de Junio, el color

verde prado, y aun las florecillas que lo esmaltaban iban ya cayendo como quien deja el sitio para otro.

Por todas partes veíanse los aperos de la labor y los mozos y trilliques que, como aquel bohemio, parecen tener por único oficio el de andar descalzos.

Y como presidiendo aquel gallardo principio de la gran faena, allí estaba sobre los haces del carro el fuerte charro, subiendo al quinto cielo sus amorosos juveniles pensamientos, mientras caían á la tierra ¡símbolo misterioso! las espigas doradas.

A juzgar por la cara debía de estar pensando, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

—Aquí quería yo que me viera la mi serrana, y toavía mejor de aquí á ocho días que estén las parvas en forma pá que viera una cosecha

bien puesta y si en la mi casa hay ó no hay pá comer y pá comprarla guapos y lo que el día mañana se le antoje... y no el otro *esmirriao* que no paece sino que se mantiene chupando higos y berzas.

Y qué valiente es la mi moza.

Tiene un garguero que paece que canta él solo..... pues, y los brazos que tiene. Y que no va ella á cuidarme la ropa nueva y á bordarme un chaleco con ramos que no haiga otro en la feria,

Y ya tengo yo ganas de ver montao en un trillo el crío que me traiga... porque pá eso se casa la gente y no es esto mal pensar...

Y allí quedó la rica miés que pronto había de rendir su espléndida substancia, su parte en este turnar de las cosas que hoy es grano lo que mañana es hebra fina que crece,

que mira al cielo, que muestra la flor y que rinde fruto, pronta á dar al hombre que la cultivó la vida de su vida; allí quedaron esos haces henchidos que son gala del segador y gusto del amo; allí los hombres del trabajo cubierta la cabeza con ancho sombrero de paja áspera y sucia, cubierto el cuerpo por una pobre camisa, con las mangas sueltas á falta de botones, y un desharrapado pantalón en el que apenas hay donde poner un remiendo nuevo; allí las reses hartándose de cebada que las enardece sin que puedan apagar la sed en el prado que ya es un erial; allí el labrador mirando al horizonte, al caer la tarde, para otear en los celajes del sol poniente la cara que traería el otro día, y si habrá que tornar la parva para buscarle mejor las vueltas al aire; allí, en una palabra, el hombre trabajador fren-

te á los espléndidos frutos de la tierra siempre pródiga, dispuesta siempre á dar la vida con una generosa prodigalidad que, si bien se mira, parece vivir en el fondo de la naturaleza, donde el agua para dar frescura se evapora, y la nieve se funde para nutrir los ríos y el sol se abraza y extingue poco á poco con tal de hacer vivir á nuestro mundo.

Y el amor es como el sol.



¿Y por qué no había de echar sus cuentas el serrano cuando volvió á su tierra?

Poco á poco el serrano fué perdiendo la partida, y así como quitando tierra se agranda el surco, así el amor que el serrano sentía por la serrana fué creciendo, ensanchándose á la medida de que la moza ga-

llarda le quitaba las esperanzas.

Y á sus ojos celosos, iracundos, despechados, les parecía la mujer de día en día más bizarra y hermosa; sus brazos más mórbidos y rozagantes, su cara más linda y más... ¡serrana!; sus pies más menudos y redondeados y más gracioso el ondular de los manteos y más blanco el cuello en lo que dejaba ver el pañuelo que cubría los hombros, y hasta los dientes que, el agua de la sierra poco á poco iba desigualando, se le antojaban al galán dulces y suaves para dejarse morder como una manzana.

¡Ah! que el enamorado quisiera ser comestible y combustible y todo lo que hay que ser en este mundo.

—¿Y por qué no me ha de querer y por qué no ha de ser pá mí la mi serrana?—pensaba el pobre hombre.

¿Y por qué me he de dejar yo llevar esa real moza como si yo fuera un pidior ó uno de esos probes que vienen de León y de Galicia á varear la aceituna de los huertos de mi padre, que el día de mañana serán los huertos de este desgraciao que se tiene la culpa por bruto y por animal, y por... y porque es uno así...? y porque las mujeres son así y porque este mundo es como las viñas que tiene uno arrendás, que uno las cuida y otro las aprovecha.

—¿Y por qué no me ha de querer, si yo no soy borracho perdío, ni voy á los olivaris á robar, ni he andao entoadía á puñalás con naide?

¡Porque soy probe en comparanza con ese maldito charro!—dijo, y no cayó en la cuenta de que el charro era mejor mozo que él, y más *planta*, y en esto del amor no hay

igualdad ni fraternidad ni solidaridad que valga, ni Kropotkine que lo componga.

Todos seremos iguales en los *derechos* y demás zarandajas por el estilo (y aun eso verán ustedes que no es cierto), pero en ser guapos ó feos ¿á que no?

Hay ya muchas asociaciones donde con ó contra su voluntad los obreros tienen que obedecer á los nuevos tiranos que les mandan holgar ó discursar bajo penas y amenazas, pero no tenemos noticia de que exista todavía la Asociación de novios, donde por turno riguroso vayan destinándose al matrimonio los amantes, comenzando por la Junta directiva.

¡Es ya lo que nos falta!

Pero en tanto llegamos á ese perfeccionamiento, llamémoslo así, seguirá cada cual buscando libremen-

te novia ó novio según le permitan sus recursos personales ó pecuniaros, y echando la culpa á lo que mejor le parezca cuando el asunto no vaya á la par de sus deseos, como hacía el pobre serrano cuando, pasando días y días, se iba convenciendo, poco á poco, de que la gallarda moza no se peinaba para él, los días que se peinaba.

Que el rumbo del negocio no le había de hacer gracia, cosa es que huelga demostrarla, como es también muy natural que en un hombre nervioso y violento, como él, la ira buscara el remedio de sus males en la navaja y en la muerte de todo el que á sus planes estorbara; pero no siempre se puede matar á todo el que fastidia, ni la navaja sirve á veces para otras cosas que para afeitarse ó para mondar las patatas, según el filo que tenga.

Pero no se vaya á creer que también para la serrana deseaba él la muerte, sino muy al contrario, larga y hasta fecunda vida, como es bien desee un amante, así sea despedido, para su amada, aunque ésta sea ingrata.

Y si quisiéramos decir la verdad y ser prolijos en este delicado asunto, y por si acaso algún lector preguntón quisiera averiguarlo, acaso, acaso le diríamos que lo que al serrano como al otro enamoraba con más ahinco, eran aquellas pãntorri-llas lozanas que las faldas cortas y las vueltas rápidas de la moza descubrían.

El serrano era así; y conste que no quiere decir esto que todos los serranos sean lo mismo; y hago esta advertencia para que no me venga el ilustre concejo de *Serranica* reclamando en pró de la nítida inocen-

cia de sus convécinos, que en ese particular son escrupulosos.

Porque éste es un caso muy gracioso, y que, como paréntesis, nos permitimos insinuar; y es que llega uno á un pueblo y ve y oye muchas cosas, y todos le hablan mal del pueblo y de la gente y le cuentan cosas espantosas... pero ¡pobre de él si se le corre la pluma al describir aquellos lugares y no resulta en la descripción que todos son unos benditos y nadie se distrae en la misa, y todos hacen bien las cosas.

Sepan, pues, de ahora para siempre, que á nadie señalamos como no sea al que se dé por señalado, y que en los pueblos hay de todo como en las boticas, y como en las ciudades, pero que si me preguntan ustedes en particular por tal ó cual pueblo, certifico sin dificultad alguna y sin poner sello de ninguna clase, que sus

vecinos y vecinas son todos buenos mozos ó mozas, respectivamente, y que si algún plato se ha roto habrá sido por culpa de un pícaro forastero que todo lo ha fastidiado, todo, hasta aquella fuente donde, por no hacer un caño, beben todos del pilón.

Cerrando este paréntesis y volviendo al serrano, le veremos algo mustio y decaído, bastante irascible é intranquilo, con el entrecejo más fruncido y sombrío que de ordinario, como corresponde á situaciones desairadas y desagradables.

Su fama de aguerrido y peleador, el dinero, poco ó mucho, que el día de mañana había de heredar; su porte y arrogancia, que al menos para su familia y para él (aunque no para los demás) era capaz de enamorar á una estatua de mármol; todo lo había puesto á contribución en el asun-

to y todo había sido poco para vencer al charro y nada había valido á los ojos de la buena moza para rendir su corazón.

Las cuentas que se había echado el mozo, con relación á los olivos y limones y naranjas de la moza y á las tierras que el padre de ella llevaba en renta, con bastante provecho, según decían, habían fallado, pero otras cuentas se podría echar de allí en adelante, y no era el muchacho hombre que de buenas á primeras se diera por perdido, que para eso tenía él bastantes ilusiones y no todas infundadas, según verá el lector dentro de poco tiempo, si no le abandona la paciencia.

Con el tiempo maduran las uvas y las aceitunas y todos los frutos; y malo había de ser si el tiempo también no le arreglaba algo los asuntos y cualquier día no se le presentaba,

al revolver de una esquina, alguna de esas gangas que encuentran, al fin y al cabo, los que á pescar gangas se dedican.

Y mucho más si el pescador es hombre que vale para todo, como era el serrano, y que tanto vale para enamorarse como para coger los trastos y ponerse á trabajar con fortuna.

Es decir, que el hombre se creía un conquistador, un mozo capaz de *liquidar* corazones ó fundirlos ó vaporizarlos: una especie de Cailletet y Pictet del amor.



desenvolver de una espina, algunas  
de esas gangas que encuentran, al fin  
y al cabo, los que a pesar de gangas  
se dedican.

Y mucho más al ser resaca es  
hombre que sale para todo, como  
era el serrano, y que tanto sale pa-  
ra manifestarse como para coger los  
tratos y negocios, trabajar con los  
tratos.

Es decir, que el hombre se crea  
un conquistador, un nuevo capax de  
aquella era, o sea, de fundidos ó ve-  
poritarlos, una especie de Calleses  
y Pizarra del amor.





## V

### Intermedio musical

#### De ronda

Así que pudo escapar por un par de días, al ir ya de vencida la recolección, y aun los últimos garbanzos en la era, fué el mozo con no sé qué pretexto á Serranilla, para ver á la moza que tan vuelto el juicio le había.

Y á la sierra fué, y al pueblo llegó, tal como un domingo de madrugada, y arreglóse lo mejor que pudo y se fué á la misa de la parroquia y allí, al entrar y al salir, vió á la

garrida moza y á toda su familia.

Entonces se fijaron en él y allí le conocieron los padres de la serrana, y yo no sé si aquel día oyó ésta con devoción la misa, pero lo que sí sé es que ni al entrar ni al salir de la iglesia le puso mala cara al enamorado charro que en los ojos parecía quererse comer á la muchacha.

¡Y había que ver á ésta con su ropilla de los días de fiesta y su garbo de todos los días!

En la romería se había hecho amigo de un labrador de Serranilla, y así que se acabó la misa lo esperó á la puerta de la iglesia y con él se fué á almorzar un par de tajadas de lomo que á prevención traía.

Enteróle entonces el compañero de cómo la Josefa no hacía caso ninguno al serrano, ni salía de casa como no fuera á misa los días de guardar y cómo un día que la encontró

por casualidad en casa de una tía suya la estuvo preguntando que «en qué pensaba», «que si se casaba ó no se casaba ó qué hacía», y que ella le vino á dar á entender que desde que estuvo en la romería de Valdejimena traía entre ceja y ceja un pensamiento y un acaso, acaso algo más arrimao á las entretelas del corazón.

El charro tomaba nota de estas cosas y de la cara que tenía la moza cuando al salir de misa le vió; y pareciale que no le sería imposible hablar con ella en cuanto le fuera la noche algo entrada.

Aburrido pasó el día el mozo esperando la llegada de la noche, de esas horas que tanto aprecian los enamorados para ir á rendir idolatría no ya á la amada, sino además á las piedras de la fachada, á las maderas de sus puertas, á los hie-

rros de sus ventanas; pero horas de una felicidad poética que no por ser tan sencilla y hasta fácil es menos intensa y sabrosa.

Y apenas las sombras fueron algo más que de crepúsculo, fué el mozo acercando á la casa de la serrana con aquellas amables inquietudes propias del caso y esperando oír de nuevo aquella voz que oyó en la romería, tan dulce, tan bonita que nada valía á su lado, ni los cantares del sacristán de Campoabierto, ni aquel que cantó en la fiesta de Valdejimena; y cuidado que era mucho comparar.

Estribóse el charro en el carro que estaba con las varas apoyadas en el suelo, y después de contemplar un buen rato la casa de la moza, la puerta, el tejado y la pared, entróle gana de cantar—cosa que nada tiene de extraño—y primero á

media voz y luego un poco más alto el tono, pero siempre con sordina, fué diciendo las coplas más adecuadas.

Había *echado* ya unas cuantas sin que las piedras se compadecieran de él ni la casa diera señales de vida, cuando aquella copla que dice:

Dispierta, canaria hermosa,  
que á tu puerta hay un *jirgero*,  
en tu casita una rosa,  
y en tu pecho un prisionero.

Tuvo tal mágico poder, que se entreabrió la puerta y se asomó la serrana, que por lo visto no había sido sorda á los cantares del galán.

Este creyó volverse loco de gusto; porque es de notar que la luz de la luna, iluminando con blanquísimos resplandores la linda cara de la muchacha, era parte á que la más estéril musa y aun el más empedernido

corazón se tornaran inspirados y amorosos.

Aquí la luz era el más bello aliño de la moza.

Acercóse al portón el arrogante mozo, y como el amor de la gente de esta tierra no sabe ser hablador, el diálogo no fué muy nutrido ni muy veloz.

—Paece que no nos vemos desde que juiste á Valdejimena.

—Sí.

—Pues, la verdá es que lo echa uno de menos.

(Aquí un silencio de ella).

—¿Y qué, te has acordao de lo que hablamos allí á última hora, cuando os íbais á venir?

—Ya lo creo, que no tengo mala memoria.

—Pues entonces.....

—Ya veremos.

—Pues, no sé qué haya que ver

cuando el hombre es un hombre decente que se pué presentar á cualisquiera.

—Sí, pero y si tú te quiés divertir por un antojo.

—Pues pa eso no había venido hoy dejando en la era toavía los garbanzos.

—Eso, si es verdá.

—¡Y tan verdá! Como que mi padre se va á poner bueno cuando vuelva.

—Pues, mira, si á tu padre no le gusta que vengas á vérme, ya te pués marchar.

—No es eso, mujer; en la mi casa á todos le gustas tú..... y á mí no nesequito decírtelo, porque ya lo sabes.

—Bueno, bueno... pues tú lo piensas, y si me tienes esa ley, te echas tus cuentas y se lo dices á mi padre, porque á mí no me dejan hablar con

naide por esos líos que te traes tú con otro mozo.....

—¡Josefa!—gritó entonces desde la cocina la madre de la moza, y allí fué necesario poner fin á la conversación, pero no sin que el charro preguntara:

—¿Pero tú no has de querer al otro ni á naide más que á mí?

—Anda pallá, tonto—contestó con brío la muchacha, dando un pequeño empellón al charro, que lo recibió como quien recibe una fortuna.

Cerróse la puerta; entró en la casa la serrana, y el charro, después de quedarse un rato contemplando la casa aquella, que, como un estuche, encerraba una joya, y como una concha guardaba una perla, echó á andar calle adelante, volviendo de cuándo en cuándo la cabeza al menor ruido que creía oír y por si acaso se volvía á entreabrir la puerta y sa-

lir á la luz de la luna la muchacha, y volvióse á la posada, donde arregló el caballo, cenó él cualquiera fruslería, consistente en medio pollo, medio conejo y medio kilo de jamón, y montando en el jaco, salió á corto andar de Serranilla.

Y así tornó al ilustre lugar de Campoabierto, saboreando esas dulzuras, que tan rico sabor tienen para los enamorados; de si le miró con aquellos ojos tan serranos; de si el amigo le había dicho tales cosas; de si la casa tenía una tan limpia presencia, y sobre todo, de aquella breve plática á la luz de la luna en aquella noche tan clara y tan hermosa.







## VI

### Latifundia... etc., etc.

Dos clases de adinerados (aristócratas ó no) se reparten las grandes heredades, las dehesas y yugadas, los caseríos y los encinares, ó las viñas y cortijos de todas las latitudes; de una parte la pequeña porción, de día en día más escasa, de los cristianos y prudentes propietarios que curan de sus haciendas y entienden de labor y saben lo que valen las cosas ¡y lo que valen los hombres! y viven temporadas largas entre los renteros y los montaraces y no les suben las rentas más allá

de donde alcanza, sin estirar el brazo, el pobre arrendador; pero ¡ay! que estos ricos son pocos, y en cambio abundan y asuelan y aplastan los otros capitalistas que ni saben lo que son ni lo que tienen, ni quieren saber otra cosa como no sea que las rentas suben; ricos que desahucian al pobre que no puede pagar unos céntimos ó desdeñan al fiel servidor, más noble en realidad que ellos mismos, y creen que todo es debido á sus dineros ó á sus pergaminos, más ó menos mohosos y arrugados, ó á la bestialidad feudal de que se dan casos por desgracia.

Más respeto, por cierto, merecen aquellos que estos ricos, pero la verdad es que entre unos y otros se reparten la tierra, esta tierra que Dios quiere que sea morada libre de todos los hombres, y no heredad de unos cuantos.

¿Y por qué es suya la heredad?

Ah, tal vez porque la heredó previo el pago de los derechos de inscripción y su padre acaso la heredó también, y así sucesivamente hasta llegar á uno que, de manera violenta, con la ley de la fuerza asaltaba pueblos, poniendo por pretexto grandes ideales, y con los pueblos se quedó y á más con brillantes cuarteles para su escudo coronado.

.....

De la segunda y pésima categoría de los ricos era el Sr. Pérez de Lopa, que por matar unos días y unos pájaros, cayó en Serranilla acompañado de un par de cazadores, igualmente aficionados, y que equivocaban el camino, pues más bien debieran ir á algún río Sileno, donde se curan dolencias de amor ó de erotismo.

Conocía el señorito la sierra y la

serrana, y pareciale que Cupido no habria de encontrar tantas asperezas como parece indicar el terreno, duro y abrupto, pero ¡voto á tal! que iba errado, pues no era la Josefa, la serrana de Valdejimena, una Lays de Corinto ni una Tais de Alejandría.

.....

Así que los expedicionarios llegaron como á tierra por explorar, á la casa del padre de Josefa, rentero y montaraz y administrador del «señorito» y previo el saludo que les hicieron los perros, y el más amable, aunque no tan sincero, del serrano y su mujer y la moza, pidieron de merendar, ya que sólo unas horas habían de descansar allí, para continuar la cacería...

Y en efecto, comieron lo que en los platos salía y devoraron con los ojos á la serrana, y todavía la madre de ésta les pidió perdón, veinte ve

ces, por lo poco que merendaban y por lo mal arreglado que estaba aquello «para lo que ellos estarían acostumbrados».

¿Para qué copiar las «cosas» que dijeron una vez comidos y bebidos, ni para qué repetir los... las... que á la moza dedicaron?... ¡Son los chistes de siempre!

Y salieron á divertirse con el monte, con los conejos, liebres y perdices, con los montaraces, con todo, pues hay quien cree que el mundo no es una gran armónica concepción, sino un enorme juguete.

El caso fué que los señoritos tiraron á las palomas y á los pájaros, y por reirse un rato dejaron cojo á un perro de ganado, á cuyos aullidos bajó por la ladera más cercana el pobre cabrero, y tras él corriendo y sonando los cencerros, aparecieron por la loma unás cincuenta cabras

asustadas, con las narices en alto, como barruntando un peligro, con las ligeras patas contraídas para dar un salto y ponerse á salvo al primer movimiento de espanto que hiciera el pastor.

Era éste un sér original.

Su figura, la más zafia y estulta, sus ojos pardos, su cara selvática; pero á los pocos momentos de hablar con él descubriáanse en su entendimiento chispas de una luz brillante allá en la mente escondida como en un pedernal cubierto de tierra.

Sus astucias aún superaban á su ingenio: era un buen solapado zorro.

Puesto en actitud de descansar, con las piernas algo abiertas, el cuerpo estribado sobre el cayado que venía á fijarse en la boca del estómago, los dos brazos cruzados en la curva del palo, el sombrero cu-

briendo cabeza y media cara, los hombros muy cargados, más parecía un árbol algo raro, que una persona á quien se exige cédula de la clase 11.<sup>a</sup> porque no hay de la clase 20.<sup>a</sup>

Y si se le miraba de cerca, la duda acrecía; porque su cara era terrosa y sus manos lo mismo, y de color de tierra ó de tronco de roble era su chaqueta y eran sus calzones.

Hombre enjuto, con cara hosca y desabrida era, pues, el pastor que de la ribera del Tormes había venido á dar con sus huesos y su pastoría al pueblo de la sierra.

Azares de la suerte.

Era un hombre de variada historia y que, á cambio de un cigarro, la refería al primero con quien hablase.

Según confesión propia, pero sincera, era algo artista, tenía *idea*, y para no haber estudiado, no se le

podía pedir más; pues él así sabía tocar y cantar como labrar á punta de navaja en el pequeño espacio de una cuerna la escena completa de la expulsión de los judíos, ó algunos cuadros en que figuran gentes que, al parecer, van á caballo y con no poca premura.

Sus primeros amos le quisieron llevar á Madrid y al cabo le llevaron para aprovechar sus aptitudes artísticas, según él decía, ó para reirse un rato con sus conversaciones, según creo yo.

.....

Los señores, que se cansan de todo, por lo mismo que no saben gustar nada, fatigáronse de las *ganadas* del pastor, y lo facturaron de nuevo para la dehesa á gobernar ganado.

El hombre, así que se vió en el campo, otra vez saboreó la dulzura

de la tierra en que siempre había vivido, respiró como hacía tiempo no respiraba, á pulmones abiertos de par en par, y otra vez se encontró entre las cabras, cuya compañía, en el campo libre y hermoso, es ciertamente mejor que la servidumbre, más ó menos esclava, en los salones dorados.

Y de dehesa en dehesa fué pastoreando por toda la provincia, y vino á dar con sus huesos y su pastoreo al pueblo de la Sierra.

.....

Y éste era el pastor de las cabras que caminaban por el monte sonando los cencerros...

Así que le vieron los cazadores, pensaron desde luego divertirse con él apuntándole con las escopetas, y menos mal que no le largaron una perdigonada, para que la broma fuera más completa.

El pastor no sólo no tomó á mal aquellas gracias, y aun la cojera del perro, sino que se consideró muy honrado por merecer aquellas preferencias.

Además, aquellos «ejemplares», podían muy bien ser los amos del monte, y en este caso á ellos,—según el pastor, y muchos que no son pastores y debían serlo,—es debido todo, no ya la hacienda y la vida, sino aun aquello otro que García del Castañar negaba al rey.

Los señoritos, en virtud de estos *intereses creados*, hicieron al pastor objeto de todas esas cosas que el lenguaje chulesco y bellaco denomina «tomar el pelo», siendo digno de notarse que «tomar el pelo» al pastor de nuestra historia era cosa tan divertida como bailar solo; pues el hombre, naturalmente *zorro*, no daba otras contestaciones que pu-

diera dar Perogrullo, y sin pretensiones de nada, y á vuelta de muchas adulaciones, también el pastor se permitía tomar á broma la cosa y salir de vez en cuando por peteneras.

Le preguntaron si sabía contar cuentos, y entonces sacó todo el repertorio de desvergüenzas que saben los pastores, pues á vueltas de esos idilios bucólicos que se figura ó imagina el que atraviesa los campos en la desbaratada marcha de los trenes, es lo cierto que, como dijo Alarcón en *La Alpujana*: «La ventura, la tranquilidad, la paz y la inocencia, no están ya de resto en el fondo de los campos».

Recomendamos á las niñas que van á pasar unos días en el campo, que si ven y hablan á un pastor, no le pregunten ni cuántos años tiene.

.....  
.....  
Pero no concluyó en cuento la charla con el pastor, aunque sí concluyó como alguno de los cuentos, al menos por lo que á la intención «sencilla» se refiere.

El «señorito amo», como el pastor llamaba al Sr. Pérez de Lopa, llamó aparte al pastor, y después de darle un cigarro, como preludeo, le dijo casi al oído, no sé cuáles cosas, y para postre de la breve plática, echó mano al bolsillo y puso en la tosca mano del cabrero un par de reales, en perras chicas para que abultara más.

El pastor puso la cara más inteligente que pudo, y echándose la cayada al brazo, despidióse de todos matando el sombrero por el ala; dirigióse á donde estaban las cabras, y después en dirección al pueblo,

distante de allí algo más de una legua.

Y los señoritos cambiaron con el *amo* un expresivo guiñar de ojos, y se contentaron con entenderse de esta manera:

—¿Qué, habrá caza?

—Yo creo que sí, y para eso le he dado á ese animal el recado.

—¿Y va á ser ese el galgo que la traiga?

—No, hay que ir á buscarla, y con red.

—Pues que aproveche.

—Gracias.

Con lo cual, satisfecho el *amo*, como cazador que tiene á mano magníficas perdices ó banda de cándidas palomas, dió por terminada la labor del día.

.....

Y los amigos le siguieron, recogiendo los trastos y los perros.

Dejémosles ir, y que venga Smiles á ver si es capaz de incluirlos en aquella su clasificación de caracteres, donde agrupa á los hombres según la laboriosidad, la cultura ó el genio.





## VII

Otro poco de música de Rossini y...  
de ¡Wagner!

En el concierto amatorio que en loor de la serrana entonaban ambos amantes; en aquel dúo, más ó menos acordado ó discordante, el serrano era el tenor, el charro el barítono, y bien ó mal, de aquella estrofa á dos voces resultaba algo esencialmente poético y artístico, como que en su formación intervenía el elemento pasional en gran tensión, en alto tono.

En cambio, la prosáica intervención del señorito, fué algo análogo á

un relincho más ó menos resonante.

El tenor, por querer cantar en tono demasiado alto, dió algún *gallo* que otro; el barítono que, como hombre sesudo, nunca se salió de su propio pentágrama, y aun reservó siempre algo, por si acaso, fué quien sostuvo el concierto hasta el fin... y el del relincho... pasó al trote por aquellos lugares, suelto el ronzal, enseñando los grandes dientes, altas y derechas las orejas, abiertas las narices.....

.....

Esto aparte, y continuando en el pentágrama, diremos que el serrano y el charro eran en todo su ser encarnación de rasgos y perfiles etnográficos, que al pasar por sus temperamentos respectivos, adquirirían esbozos característicos, personales, pero sin perder nunca aquellas líneas y sombras.

En los juegos, en la cara, en los ojos, en el habla, en el vestir, en el carácter, en el género de vida, es decir en la clase de trabajo, en el cuerpo y en el alma se distinguían á cien leguas uno de otro, como se distinguen muy de lejos los campos y las casas de los pueblos de la frondosa y variada sierra de los del gallardo, extenso y uniforme llano salamantino.

Era el serrano impetuoso, irascible, violento y sanguíneo ó sanguinóseo tal vez; y era el charro sereno, razonador, equilibrado y hombre á cuya cabeza obedecían corazón, brazos y nervios.

Aquél era de cara pequeña y fina, angulosa y sombría, de ojos vivos habladores, de ingenio agudo, pronto y voluble, más instinto que entendimiento, menos reflexión que acometividad; y el otro era muscu-



loso, corpulento, de redondo rostro, ojos de color de tierra, movimientos perezosos, planta gallarda, seguro razonar: la sierra había puesto en el cuerpo y en el alma del serrano inflexiones violentas, como los cambios de paisaje de la cordillera, altos y bajos que se traducen en variedad de juicio, en impresionismo y *veletería*; en tanto la llanura dejó caer, gota á gota, como lluvia de reposo y quietud en el charro, todo el acervo de equilibrio y aplomo y sosiego no incompatible por cierto, con las pasiones robustas, como las tormentas que á las veces hacen retumbar el trueno y culebrear el rayo sobre los garbanzales y prados cuando el calor del sol (léase el de la juventud en nuestro caso) hace de las suyas.

El tipo de nuestro serrano, con sus patillas incipientes y su cara expresiva y picaresca pudiera pasar,

con ropilla y gregüescos, entre los personajes de la *Vicaría* de Fortuny; en cambio, el charro, estaba retratado en aquel magnífico retrato que del Marqués de los Vélez, hizo Ginés Pérez de Hita, cuando dice que «era muy gentil hombre, de recios y doblados miembros, con tres palmos de espalda y tres de pecho, fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa y bien hecha, y tan bien travado, que no se echaba de ver lo que era de alto... los ojos grandes, y lo blanco de ellos con unas biznas de sangre... valiente, enemigo de mentiras...»

Era el serrano hablador, el charro callado; aquél gracioso y dicharachero, éste sesudo y reservado; uno vivo y pronto para todo, otro asentado y lento; éste firme y seguro, aquél inestable é inquieto; uno con alma de bronce, otro con cora-

zón de guerrillero; uno aventurero, otro siempre sobre seguro; uno cohete de luces, otro cañonazo que retumba un buen rato; uno frugal, otro comilón; uno de la raza de *Cyrano*, otro de la mismísima madera y fibra de D. García del Castañar, y como D. García, mezclando en su espíritu las noblezas castellanas con aquella perspectiva de las perdices en el asador.

Las aguas de la sierra son corretonas, ligeras y bajan atropellándose y sin acabar nunca de reir y de cantar; las aguas escasas de la llanura viven sosegadas y profundas, ya en el ondulante y poco inclinado álveo del río, ó en la cuenca que recogió los restos de la lluvia y del deshielo; los paisajes de la serranía son reducidos, variados; los horizontes del llano son amplios, son serenos, es siempre el mismo; el cielo

de la sierra parece de decoración, de escenario; el del campo extenso parece un plano de turquí tendido sobre las cabezas de los hombres y sobre las mudanzas de los tiempos.

Y así como los cielos y los campos y las aguas, son los hombres que viven bajo su acción, y así es distinto en unos y otros el amor y el recelo, la ambición y la soberbia, la generosidad y la nobleza, la fe de los hombres, el sentimiento de las mujeres, el lamentar de los hijos, las cuentas del casorio, los proyectos del vivir, los encantos y carismas, la ira y el dolor, el acento del habla, la gracia del andar, los rasgos de la fisonomía, la gallardía de los músculos, la tensión de los nervios, el dominio del temperamento, el equilibrio ó desequilibrio funcional..... cuanto separa y diferencia, cuanto distingue y determina las ondula-

ciones de la pintoresca sierra y la solemnidad de la llanura sosegada.

Es imposible encontrar rasgos más diferentes que los que separan la *Alpujarra* de Alarcón, de los paisajes hermanos, de aquellos que Pradilla, en el gran cuadro *D.<sup>a</sup> Juana la Loca*, y Núñez de Arce en el *Idilio* y Galán en sus *Castellanas* nos retratan.

La sierra es un convento, con sus claustros y sus fuentes, sus valles rodeados de alzadas murallas como los patios de monasterio, y sus rincones sombríos, donde crece la fronda del castañar, los nogales y árboles de fruta; la llanura apenas cubre su desnudez clásica con la verdu-  
ra de los prados y la variedad hermosa de matices de los sembrados, el verde grumoso de los garbanzos, el más claro y suelto de la algarroba, el esponjoso y pintado de la al-

falsa, el mate profundo de tréboles y tomillares, el brillante de los trigos, el más apagado de los centenos, y bordeando la orilla del pausado río, las espadañas y juncos y mimbreras y, como mancha vigorosa, alguna alameda de negrillos... parece siempre un campo preparado para una batalla gigantesca; su sosiego es tal, que parece desearse algo que lo turbe, parece que vería uno con gusto convertir en *Arapiles* esas dos cuestas pequeñas que nunca faltan en el llano extenso.

Al fin y al cabo aquí principió, en este campo de Calvarrasa (cuyo nombre, como véis, bastante indica) á caer con el general Marmont el poder de la Francia napoleónica.

Y no digo yo que aquí tumbaran á Napoleón pero..... le echaron la zancadilla.

Y volvamos al pentágrama.

.....

Si el tenor y el barítono y el *otro* cantaban á porfía, la serrana, como veremos después, tampoco era muda, pero las circunstancias no eran propicias para lucir la voz y se veía obligada á cantar sola; pero no era este aparente silencio un desentonar en el concierto, pues en toda buena composición musical hay sus estrofas en que alguno canta á media voz y alguno se reserva para mejor ocasión, y cuando ésta llega, entonces es de oír aquellos cantares, llenos de armonías nuevas y del vigor que le prestó el descanso.

Y unos cantando alto y otros bajo, fuéase pasando el tiempo sin que al charro le permitieran ir á ver más de una vez á la serrana, ni al serrano de vivir al pie de la fuente, viera correr el agua más clara; y así iba á llegar la época de la sementera, y

por ser época buena para hacer encargos antes de que comenzara la labor salió una tarde Jacinto de Campoabierto, y en vez de ir á Salamanca, á donde debía ir, tomó el camino de la sierra, y al día siguiente entraba en *Serranilla*.



por ser el único punto que puede ser  
 alcanzado antes de que comencemos a  
 bajar, y así, una vez que llegamos a  
 él, ya no podemos volver atrás. Este  
 punto de no retorno es el momento  
 en el que debemos decidir si  
 queremos continuar o no. Si  
 decidimos continuar, debemos  
 estar preparados para lo que  
 vendrá. Si decidimos no  
 continuar, debemos estar  
 preparados para aceptar las  
 consecuencias de nuestra  
 decisión.



Este punto de no retorno es el momento  
 en el que debemos decidir si  
 queremos continuar o no. Si  
 decidimos continuar, debemos  
 estar preparados para lo que  
 vendrá. Si decidimos no  
 continuar, debemos estar  
 preparados para aceptar las  
 consecuencias de nuestra  
 decisión.



### VIII

#### La sierra y el llano

Apeóse del jaco al pie de la posada y echóse mano al sitio donde se le habían descosido los calzones año, pues ahora traía los mismos y no era cosa de hacer una mala figura.

Tranquilo ya, pasó las bridas por cima de la crín y la cabeza del caballo y echando á andar entraron los dos en la posada.

Allí arregló el pienso del caballo y previo un estirón de calzones y chaquetilla y chaleco y camisón; almor-

zó, en poco tiempo, una capadura de chorizo, un trocito de lomo y una tortilla (que nunca ha estorbado á nadie esta previsión) y lleno el estómago de substancia y no vacía la cabeza de *imaginaciones*, echó á andar camino de la casa de un su amigo.

Acordóse del serrano al poner el pie en la calle.

Y á poco que anduvo el charro se echó á la cara la figura siniestra del rival.

Jacinto quiso hacer amistad, ó por lo menos no echárselas de vencedor, porque por vencedor se tenía, sabiendo como sabía por su amigo ciertas cosas agradables, y buscando una broma en el magín, no encontró otra que decir alegremente lo que siempre se dice por estas tierras á todo serrano:

—Serrano, que te se ajorca el

mulo. Y quiso seguir adelante sin más conversación.

—Si quies saber quién se ajorca—contestó el aludido—échate pa la corraliza y lo veremos.

—Vamos, hombre, que no será pa tanto y más vale que nos vayamos á echar una copa y tú sabrás mejor dónde lo venden bueno... con que echa pa alante y desimula si te falta.

¡Y de qué buena gana le hubiera convidado!

De sobra se figuraba el charro la sangre que por aquel entonces tendría el otro al ver que iba á verla á la sierra, al suponer que acaso la fuera á pretender de veras; pero maldita la falta que á él le hacía tener peleas con nadie y menos con uno que total á él le había visto en junto cuatro ó cinco veces y le había hablado

un par de ellas á todo tirar y no de malas maneras por cierto.

Así y todo, más valía que no estuviera en el pueblo aquel mozo despechado... y—yo en su lugar me había marchao al quinto infierno—dijo para su caletre.

.....

Pero no había sido así.

El serrano tal vez no quería ya á la moza, tanto como antes; pero eso de llevársela otro sin llevar siquiera unos arañazos, era cosa un poco fuerte y rara para aquel pueblo de la sierra.

En cambio el charro, lo menos que pensaría era en casarse pronto, y es natural, que más humor tuviera de querer bien á todo el mundo, que de matar á nadie.

Además, ¿qué sacaba él con reñir con el serrano, si ya estaba bien

tranquilo, según las confidencias, ¡y era para estarlo! de que la moza estaba por él, por el charro, y sólo al propio Jacinto en persona hacía caso y con él se había de casar y no con otro?

¡Demasiado trabajo tenía el serrano para que todavía le fuera á dar unas morradas!

Pero ahora ¡eso sí!, si el hombre se empeñaba en hacerle cosquillas, entonces se verían las caras.

Así, pues, sin recelo y sin otro plan que el de la benevolencia, vió venir al serrano y hasta le preguntó por la salud y por las obligaciones.

Pero ¡buena sangre traía el otro! que á escape le soltó este pistoletazo:

—Pues te has de saber que si te casas algún día con la Josefa es porque á mí me da la gana, que si no

me sobran á mi corajes pa metelte una cuarta de jierro en la barriga y echalte el bandal fuera.

—Ca, hombre—rugió el charro, haciendo como que tomaba á broma las cosas—si á tí te han desengañao hace cerca de un mes, porque no vales pa aparear conmigo... y en lo tocante á pegar, pa tí y pa veinte como tú, tengo yo esta tranca pa si la quíes probar.

Y, en efecto, un magnífico garrote era el compañero terrible de Jacinto.

—Pues á mí no se me encoge el umbligo por poca la cosa y me parece que me vas á afilar la navaja esta mañana.

Y miaque no sabes con quién das, y mía no me ajume y te vas á contalo al otro barrio... y ya que lo quieres, te he de cogel por las gorjas

y te he de estrujal como un limón, pa que eches la jiel que tienes podría.

—Apara, hombre, apara, que no te den tan fuertes, que pué que te coja por la entrepierna y te dé más cabezonás en el suelo como si fuás una cuña de un apero.

—Mia, pues, á mí no me gusta echalme á reñir como las mujeres á lenguarás... dijo el serrano echando mano á la terrible *faca* que siempre iba con él.

--Ni á mí tampoco, contestó el otro tomando el pulso al enorme garrote de nudos, en cuyo ejercicio era diestro manejador.

.....  
Y razón tenían uno y otro combatientes, que no había de ser cosa femenil aquella riña, antes recia y hombruna y de verdad.

El instinto habló un momento y

ambos mozos echaron un paso atrás como huyendo sin querer, como midiendo el disparate, como remedian- do por anticipado el daño.

El charro bien veía que de un es- tacazo acababa él la función en un segundo y en última instancia, pero él había visto la cárcel de Salaman- ca, cuando fué á visitar á un parien- te y había estado muchas veces en la Audiencia para presenciar la *cau- sa* del crimen de *Matasiete*, y aún tenía en los ojos la impresión de tan- ta ropa negra como en los estrados había y aún perduraba en sus oídos la acusación fiscal.

El serrano no pensó en otra cosa que en ganar la partida, y descolo- rido y feroz, blandió la navaja con aquella soltura y agilidad que se ma- neja un juguete ligero, inofensivo... ¡hasta bonito inclusive! y removien- do ligeramente el polvo con los pies,

se lanzó de un salto á meter en el pecho del rival, aquel hierro que se quería mojar.

La escena era tremenda.

Era la sierra que combatía con el llano, y así como éste recibe los tumultuosos regatos que bajan de las cuestas y los extiende y remansa, haciéndoles perder el amenazador estruendo que traían, así el aguerrido hijo del campo castellano paraba los golpes de la navaja del iracundo hijo de la serranía que venían á morir ante los garrotazos certeros que aquél á tiempo repar-tía.

El llano con su habitual y propio aplomo no acometía, pero desconcertaba los saltos y viajes del enemigo.

Un pinchazo ligero, inesperado, vino á herir al charro en el brazo izquierdo y ¡ay, entonces! el brazo de-

recho arboló como nunca la estaca de nudos y descargó ésta sobre el pobre rival como si todo el peso de un monte de encinas, de un roble dal y una parva de garbanzos hubiera acumulado en el garrote nudoso.

—Serrano—que se ajorca el mulo—dijo el charro por todo responso al oído del vencido.

—Si se ajorca... ¡que te ajorquen! respondió echando sangre por la nariz y la cabeza el serrano, perdiendo tierra y desplomándose hacia atrás.

.....  
La desesperación de Espronceda y el «ábrete, tierra y trágame» servirían para expresión de lo que al charro le pasó así que vió la sangre en el suelo y en el suelo también el enemigo.

Había entrado sin maldita la gana.

en la pelea y las cosas se pusieron de manera que no tuvo más remedio que dar el estacazo, y una vez alzado el brazo, ¡vaya usted á hacer que el palo no rompa cabezas ó costillas!

Pero á decir verdad, más que las costillas del serrano, y aún más que la perspectiva de la Audiencia, preocupaba al vencedor la idea de...

— ¡Verás cómo por esto no me caso! — que sin poderse contener exclamó al tiempo mismo de coger la gorrilla que se le había caído, y en cambio tirar con asco, lejos de sí, allá á veinte varas, el truculento garrote que había hecho saltar aquella sangre serrana y había dejado en el suelo tendido, boca arriba, dando resoplidos espantosos, al antes bizarro y valiente.

Miró el vencedor al vencido, y lo vió tan vencido y aplastado y él en

cambio se sintió tan vigoroso que, por cima del pensamiento sombrío de la Audiencia se alzó en su corazón el orgullo del triunfo y de la gallardía, vibraron de nuevo esas moléculas de sangre mora que aún conserva este país, y, como en otra ocasión, dijo para su capote:

—¡Aquí quería yo que me viera la Josefa pa que sepa que el hombre no ha de valer solamente pa andar entre los trigos... que también ha de servir pa hacer un estropicio si viene á mano y si se ve apretao.

Y echó á andar más que á paso, entre los negrillos de la alameda, antes de que se acercaran más los cencerros de las cabras que, entre una nube de polvo, aullidos de perros y voces de pastores, venían á más andar buscando la sombra de los árboles y el refrigerio del agua de la charca.



## IX

### **Un asunto de pastores y ganados.—El pastor con ganas de hablar.**

No había andado veinte pasos el mozo cuando oyó el silbido del pastor que con las cabras venía, y parecióle que á él era á quien llamaba.

Con la natural preocupación y manía del que acaba de hacer una barbaridad y le parece que en aquel mismo momento la sabe y conoce todo el mundo por misterioso rapidísimo telégrafo, antojósele al charrro que ya estaba perdido y que aquel maldito pastor, que aún dis-

taba más de doscientos pasos y comenzaba á asomar la cabeza trasponiendo un repecho del monte, le había visto reñir y le llamaba para prenderle.

Error de óptica y de acústica y de no sé qué otra parte de la Física; porque en realidad los cencerros sonaban aún poco cercanos y el repecho del monte ocultaba por completo las escenas que habían ocurrido entre el serrano y el charro; y ahora y no antes es cuando comenzaba á subir por el montecillo el ganado y principiaba á asomar la cabeza el pastor en la cima de la cuesta.

Pasada pronto la primera impresión y la primera gana de echar á correr que le acometieron, así que vió al pastor y oyó el ruidoso vibrar de los cencerros, cayó en la cuenta de que seguramente nada había podido ver el pastor, y si éste le llama

maba, sería para cosa muy distinta.

Y así era por cierto.

Lo que traía el cabrero era muchas y grandes ganas de encontrar alguien, fuera quien fuera, con quien hablar y murmurar un rato y á quien hacer confidente de aquellos secretos que le habían confiado y que él no había de guardar.

¡Bastante callado se tenía que estar todo el día con las cabras y en el monte para que una vez que le caía alguna noticia ó cosa interesante pudiera guardarla y caberle en el pecho!

Al charro le pareció lo mejor adelantarse él, y desviándose algo á la izquierda, llamó hacia sí y esperó al pastor, y de paso, y haciéndose él distraído, alargó el pescuezo y alzóse en las puntas de los pies para ver si descubría al serrano, y en efecto, lo vió, pero no tumbado en el suelo,

sino sentado y procurando ceñirse á la cabeza un pañuelo amplio y fuerte.

Con esto quedóse más tranquilo el agresor y también quedaría más arreglado el agredido.

—Oye, galán, dijo el pastor, así que estuvo más cerca; tú sabrás darme razón de si has visto por ahí al Sr. Pedro Villagra ó á su hija Josefa, si es que los conoces.

—Acércate más y hablaremos, dijo el charro, que pué ser que yo te pueda decir algo y nos entendamos.

—Pallá vamos, y más vale mediar el camino, que las cabras no pueden entrar cerca de esos sembraos. Y vamos á ver si hablamos, que hablando se entiende la gente, que es á lo que voy, porque te has de saber que...

—Espera, hombre, espera y no

des voces, que tiempo queda pa hablar, y ya voy yo pa ahí, y los hombres siempre hablan más mano á mano que desapareaos.

Y así fueron interrumpiéndose hasta que se encontraron mano á mano, y ya con tranquilidad pudo soltar la lengua el pobre pastor, que tan preocupado venía.

—Pues yo no sé si debía decirlo, pero el caso es que el hombre necesita de otras personas cuando va á hacer algo en que hay responsabilidad, porque no está bien que cargue uno con todo, y no es esto decirte nada, pero que pué ser que tú sepas á dónde vive esa moza serrana que al mi señorito le trae tan aperreao... y esto lo he visto yo, ó lo he oído, que es lo mismo.

—Vamos á ver, hombre, ¿qué has visto? y á hablar con franqueza

y como el hombre debe hablar cuando es *sincero*.

—Pos, verás tú, que es á lo que voy, que venía yo buscando abarba-deros, porque tié uno que precurarlos, porque vas pa la raya y está como una uña, vas pal monte y dos cuartos de lo mismo, y como que esta correriza de las piedras está entoadía tan entrizá de sembraos, no hay un cacho aonde se extienda el ganao, y luego es un ganao éste tan sumamente enrucible que ni son pal frío ni pa la calor, y estamos lo mismo las cabras que yo, esganaos y esmemoriaos... luego vas viendo pa la siesta y aquí naide precura los acostaderos...

—Pero, hombre, qué tiene que ver eso con lo que ibas á contar... vamos, ¿quién echar una pinta y comer unas tajás?

— Psch...: bueno, que las traigan y ya se verá luego lo que vaya saliendo.

Y sacaron, en efecto, las tajadas y el vino, como preludio de una explicación ó tal vez de un contrato.

Pero no se crea que este sistema de arreglar las cuestiones, y este procedimiento efficacísimo de tirar de la lengua á la gente es exclusivo de los charros y los pastores, pues Campoamor, que conocía el mundo, dejó escrito este verso:

“Decid, ¡oh diplomáticos varones!  
los muchos tratos que hacen y deshacen  
pechugas de perdices y pichones.”

Podrán ser más finos los tratos que arreglen ó deshagan estos manjares exquisitos que aquellos otros en que la diplomacia se harta de lomo crudo ó de pata de carnero, pero el camino es el mismo en am-

bos casos, puesto que en uno y en otro conduce al mismísimo estómago, de donde salen tantas y tantas cuestiones, y donde terminan tantos y tantos asuntos de la variadísima abogacía de este pícaro mundo, y al que se deben tantos primores de elocuencia; recuérdese que D. Quijote dijo sus dos mejores discursos, el de las armas y las letras, y el de los siglos dorados «después que hubo bien satisfecho su estómago» y «dejando de comer» respectivamente.

Entre tajada y tajada, charro y pastor fuéronse alegrando y reinó la expansión entre los dos sin necesidad de champaña ni de brindis.

El pastor habló lo bastante para llenar una conversación mucho más larga que la que allí tuvieron, y si antes de comer tenía gana de hablar, después de beber aún se le había acrecentado.

El charro procuraba, en cambio, hablar poco, y eso poco porque era necesario para encauzar á su objeto la desbordada y sin orden narración del compañero, que mezclaba lastimosamente al señorito con los machos cabríos, en el curso de la conversación.

—Pero, ese señorito, ¿quién es?— dijo el charro para asegurarse en sus creencias.

—Pues no te sabré yo decir bien quién sea, pero á lo que parece, es de casa mi prencipal, y es el que estuvo aquí en el pueblo hace dos días de paso pa ir á cazar... y por la cuenta, es el amo del Sr. Pedro Villagra, y paece que la muchacha, vamos al decir, la hija de ese buen hombre le ha hecho cosquillas al señorito y se le ha antojao estar con ella de visita...

—¿Y qué encargo te ha dao?

—Pues no te lo debía decir, porque es el caso que el día mañana me pué traer poca cuenta, pero por un lao paece que le gusta á uno poco andar con estos tapaos, y además, pa dos reales que me dió de propina...

—Dilo, hombre, y no seas terco, y echa otro vaso si no tienes bastante, que yo no seré tan pudiente como esos señores, pero siempre tengo un duro en el bolsillo por si se terciá y pa gastarlo como es debido con un amigo.

—Echaremos otra pinta, y así me gustan á mí los hombres, que pa cuatro días que está uno en el mundo...; y á lo que iba es que el señorito me ha dao una comitiva, que viene á ser que yo vaya á casa del señor Pedro Villagra, y les diga que vayan él y la su mujer á la alquería, porque se ha puesto un señorito mu

malo, y en la alquería no lo cuidan bien...

—Y ¿no es más que eso el recaó?

—Na más. Pero me huele á mí que lo que quiere el amo es que la muchacha se quede sola en casa..., y él sabrá por qué..., pero el caso es que á mí no me la pegan, y por lo que he visto en la broma que traían, y porque yo sé que en la alquería no hay nadie que esté malo, porque el muchacho que viene conmigo ha estao allí esta mesma mañana...; por eso te digo que la enfermedá es mu rara y pué que se ponga bueno pronto...

—O pué que se ponga peor—dijo el otro.

—Con que á ver si me dices dónde pára ahora el hombre ese, porque en la su casa no estará á estas horas, y á las mujeres no quiero decirles estas cosas...; yo se lo digo á él,

y luego allá se las haiga..., pero yo cumplo y no me comprometo, porque lo que decía mi padre: tú mira siempre que no te metan en compromisos, que son los que pierden al hombre y le traen quebraderos de cabeza.

—Con que vas á ver á ese buen hombre..., pues qué quíés que te diga; yo que tú no iba, porque es una mala aición á una gente que no se mete con nadie.

—Eso no es cuenta pa mí; lo que yo tengo que hacer es dar el recaó y luego no me meto en ná, ni entro ni salgo, y me alegraré que to se arregle y sea pa bien, y no le des pa arriba ni pa abajo, que yo voy á decir lo que tengo que decir, y va á ser ahora mesmo, antes que se haga más tarde.

—Pues yo no te sé decir dónde pára á estas horas el hombre ese,

porque no lo he visto precisamente, y acabo de llegar hará un par de horas, punto más, punto menos.

—Pues mira, por ahí podías haber empezao cuando venía yo con las cabras por el ribazo, que te lo pregunté, y no hubiéramos echao tanta conversación.

—Ni hubías comido esas tajás.

—Por ese particular pué que tengas razón, pero yo voy á mi recao; y que te vaya bien... ¡Oye, muchacho, ten cuidao de las cabras mientras yo vengo, y que no las tengas muy campurosas.

Y se metió entre las casas del pueblo, y pregunta que preguntarás, dió con el señor Pedro Villaga, al que, palabra más ó menos, contó lo mismo que al charró, sin omitir comentarios ni hipótesis.

Se ve que el hombre era bueno para guardar secretos y para con-

fiarle una misión diplomática delicada y sigilosa.

El pobre serrano viejo se quedó más muerto que vivo, pues coincidían los temores suyos con las picardías del pastor, y veía alzarse ante su cara honrada no sé qué sombra espantosa, y caer sobre su frente serena no sé cuáles y cuántas vergüenzas criminales, y más aún sobre su pecho de padre un dolor, que jamás había encontrado en las nobles y tremendas batallas de la vida.

Su casa, las tierras de su labor, el monte de su ganado, todo era de aquel señorito antojadizo y liviano, bestial y mal criado, y todo de éste dependía, y por otra parte, si algún ahorro tenía en el arca y alguna tierra iba comprando, todo había sido hecho de la hacienda del rico, y el agradecimiento es fruta de árbol sa-

no y robusto... pero, no, su hija era aparte, y con ella no rezaban esas cuentas, y si había algo que pagar, él, el viejo, sería quien lo pagara... ¡lástima que los años le hubieran dejado sin brío para comenzar de nuevo á trabajar y á vivir, que entonces todo se arreglaba con dejar la casa y la renta y marcharse á otro pueblo... que el mundo es más grande de lo que parece.

Sentóse el pobre hombre en una piedra á dar vueltas al asunto, y cada vez lo veía peor, y le encontraba más negro el color y más difícil y penoso el arreglo, y cada vez se aferraba más á la idea de no decir nada á las mujeres y de afrontar él solo las dificultades del problema, aunque en ello se fueran los cuartos que con tanta fatiga había economizado y la tranquilidad que los años y las canas reclamaban, y la querren-

cia que á la casa donde nacieron sus hijos guardaba en el corazón.

Así estaba pensando, el buen hombre, cuando llegó á él el charro mozo, aquel gallardo galán que todo el mundo le decía había de ser, con el tiempo, el sostén de la casa y el amparo de la familia.

Pocas explicaciones hubieron de mediar entre ambos, ya que los dos estaban igualmente enterados del caso, y el charro sabía el por qué de las penas del viejo, y el viejo comprendía el interés que en el asunto tenía el mozo.

La misma ira, igual decisión los inspiraba; pero el charro era independiente del dinero y hacienda del señorito, y esto le daba un aire resuelto y enérgico, una fuerza para formar proyecto y una rapidez para ponerlos en práctica que todo parecía habría de ser obra de un minuto.

El viejo le iba á los alcances y moderaba sus ímpetus.

El mozo infundía nuevos alientos, y hablaba como quien además de juventud tiene dinero; y habló, no sólo del conflicto actual, sino también de que él estaba dispuesto á casarse con la moza, y que él tenía para mantenerla como era debido, y que la tenía un buen querer...

Y que todo aquel conflicto con el señorito él se encargaría de arreglarlo de buena manera yendo en persona al monte, para enterarle de que el serrano Villagra estaba ya muy viejo para salir de casa; de que la mujer estaba muy delicada..... y de que la moza no estaba bien sola y de noche.

En esto convinieron, aunque el charro no pensaba en llevar tal comisión al monte, sino otra muy distinta y más enérgica, y él resolvería,

en efecto, aquel problema de tal manera que no se volviera á plantear.

El pobre viejo quedó tranquilo hasta cierto punto, conociendo como conocía las... genialidades del *amo*... y la experiencia del mundo.





## X

### Caza mayor.

Apenas asomó entre las encinas á la vista de los brillantes y distinguidos cazadores el sombrero del charro, hicieron corro y echáronse la cuenta de que una nueva diversión se les venía á la mano; un nuevo mono del juguete acudía á distraerles como era justo y natural.

—¡Caza mayor, caza mayor— gritaron como locos, y también ahora se dispusieron á saludarle á tiros.

Pero en cuanto el charro, que nada tenía que ver con aquellos señoritos, ni con sus haciendas y rentas, se enteró de los preparativos con

que le recibían, se arrimó á una ancha y robustísima encina, que le podía servir de barbacana, y tomando la ofensiva, largó, á estilo de onda, una magnífica piedra que, por milagro, no rompió el remate superior á uno de los brillantes cazadores...—¡tan cerca le pasó!

Pero no; aquel señor estaba destinado á vivir más tiempo y á perder la cabeza después de haber perdido lo demás; es decir, al revés que las cerillas.

El charro venía, según se ve, de mal humor, y con escopetas y todo hubieron de llamarle á buenas los señoritos.

—Eh, buen hombre, que somos los amos del monte—gritó una voz chillona.

—¡Como si son ustés las amas! A mí no me apunta naide, ó le largo una pedrá en la metá de la testa.

Conferenciaron brevisísimamente los de las escopetas, y aunque uno de ellos era de opinión de matar al charro—¡por bruto y por sin vergüenza!—los demás perdonaron generosamente la vida al buen hombre, y bajando la puntería y aun dejando en el suelo las armas, se dignaron parlamentar con el malhumorado campesino.

A su vez el charro abandonó la encina de su refugio y cargando en cada mano una buena piedra, por lo que pudiera tronar, dejó que se le acercaran los cazadores, y hablaban un poco con él.

—Pero, hombre, que mala sangre llevas; lo menos te creías que te íbamos á tirar.

—Tienen ustés que disimular, pero la verdá es que hay días que no está el cuerpo pa bromas, y más que me encontré pa ahí abajo el

pastor y me dijo que le habían ustés encojao un perro y dije: no sea que me vayan á mí á hacer lo mismo.

—De modo que tú te tienes por persona—dijo el más gracioso entre las risas de los demás.

—Yo me tengo por lo que me tengo, y mié usté no vayamos á tener alguna, porque á mí no me soban ustés por más amos que sean... que yo no soy el pastor.

—Pero, hombre, ¿qué te ha contado el pastor que vienes tan escamón? Como vuelva por aquí va á llevar para contar más todavía, el muy majadero, para que otra vez no asuste á la gente sin ton ni son... Pues, hijo, ni que fuéramos unos tigres, que se comen cruda la gente... ¿Qué te ha dicho ese zángano?

—Poca cosa, y aunque me hubia dicho más no crean ustés que yo iba á venir á decírselo pa que luego

le venga algún perjuicio al pobre hombre. Lo que sí traigo es un recaó que me dió pa uno de ustés, que me dijo le nombran D. Pérez, ó López, ó no sé qué letanías.

—Tate, eso va conmigo, dijo el aludido—¡siempre será la cuenta de la serrana!

—Ole ya, venga de ahí—gritaron los demás.

—Poco á poco—interrumpió el charro—que lo que voy á decir sólo se lo diré al señorito pa quien me han dao el recaó, porque la cosa no es pa tomarla á risa.

—Tienes razón, hombre, tú y yo nos quedamos aquí hablando, y estos amigos se van á la casa de la alquería á meter prisa para que nos den la cena, que ya va siendo hora.

Y, en efecto, el charro y el señorito se internaron en el monte en tanto los demás se alejaban en di-

rección á la casa y en busca de la comida.

.....

El charro no sabía cómo «romper», y no por natural cortedad, sino porque se le juntaban muy varios pensamientos y voluntades, y en cambio muy pocas palabras le bajaban á la lengua.

Por fin él era el que debía hablar, y él habló después de rascarse un poco el cogote, quitarse el sombrero, darle una vuelta entre las manos, arreglarle la cinta que estaba ladeada, y volverse á cubrir como un grande de España delante de Su Majestad.

Y así como los grandes, al cubrirse ante el Rey, le echan un discurso, que viene á ser un panegírico propio y de la propia ascendencia y casa, el charro comenzó diciendo:

—Pues ha de saber usted que yo

no necesito de naide pa vivir, y un poco más, y mi padre ha ganao pa él y pa toa su familia pa que no estemos debajo de naide, y pa que lo sepa usté no debemos un mísero real á persona ninguna ni llevamos camino de ello, porque más bien vamos á más que á menos, y nunca estemos peor que ahora...

—¿Y á mí qué me cuentas tú de todo eso?—interrumpió el señorito.

—Pues, pué que venga á cuento y pué que le importe á usté algo el saberlo, porque lo digo pa que se entere usted de que yo no tengo que aguantarle á usté ninguna impertinencia, y de hombre á hombre no pasa un real...

—Pero tú te has creído que estás hablando con un gañán, ó que yo tengo tiempo para gastarlo oyendo gansadas...; vaya, vaya, tú has tomado una pinta, y te ha dado por

subirte á las barbas de la gente...; que te alivies, hombre, que te alivies, dijo, y echó á andar.

—Poco á poco—¡recuerdo!—ni se marcha usted sin oirme ni dé usted voces, porque le saco á usted las tripas, dijo el charro, cogiendo al señorito por un brazo con tal ímpetu, que á poco da con él en el suelo.

No sé qué tal cara pondría el robusto labrador, tan convincente y decidido y enérgico, que al *amo* se le cambió el color y se resignó, por la buena, á quedarse allí; aunque le iba dando mala espina aquel asunto y pareciale que nada bueno había de resultar.

Miró á todas partes y no vió á nadie que pudiera venir en su auxilio, y las crecientes sombras del crepúsculo hacían más sospechosa y más ingrata aquella situación.

Allí cerca de él estaba la escopeta,

pero para cogerla hubiera tenido que dar cuatro pasos, y era seguro que antes de darlos habría caído en manos de aquel hombre decidido que, por las muestras, venía con gana de pegar.

— Y no se marcha usted—continuó el hombre, porque no me da la gana y porque soy yo bastante pa cogerlo á usted por el pescuezo y que no vuelva usted á meter guerra en parte ninguna ni á quemar la sangre á los hombres honraos.

— Pero, á ¿quién he quemado yo la sangre, hombre loco, si no me he metido con nadie ni ese es el camino... y yo no he venido más que á divertirme unos días con unos amigos, cazando aquí en el monte? Y, sobre todo, yo no te entiendo, ni sé á qué me vienes con esas peronías, ni yo no te he visto en mi vida ni te he de volver á ver.

—Pues me va usted á entender enseguida por muy tonto que sea, porque va usted á saber que usted le ha dao un encargo al pastor, y yo le voy á dar á usted la respuesta.

—¿Y á tí que te va en todo eso?

—Pues me va, porque la moza que se le ha antojao á usted es la mi novia, y me paece que es cosa que me importa, pa que usted y cien señoritos como usted que creen que están aquí las mozas pa que ustedes les quiten la vergüenza.

—Hombre, no tanto, yo me puedo divertir con quien quiera.

—¿Qué?—Pues con esa moza no se divierte usted, y á mí no me venga usted con gaitas, que se me va subiendo la sangre á la cabeza y va usted á salir mal á poco que me cargue... A esa moza no la va usted á ver siquiera, pa que no la manche... y si vuelve usted al pueblo, es como

si se va usted al cementerio... ¿me entiende usted ahora?—y al decir esto se acercó al tembloroso señorito con tan feroz ademán, que al pobre *amo* le pareció ver allí cerca las tapias del Camposanto.

—Mira que yo soy un señor, y quién sabe si el día de mañana me necesitarás para algo á mí ó á mi familia.

—Pues ahora va usted á ver si á mí me importa algo de usted y de toa su parentela—dijo—y echó un paso atrás en ademán temible.

Cosa de un momento fué decir esto el charro, echarse encima del señorito, cogerlo por el cuello y ahogar con la otra mano un grito desesperado que al aire quiso lanzar pidiendo auxilio.

Cayó en tierra el pobre hombre, y sin soltar el otro la mano que como garra sujetaba el blanco y delgado

cuello del señorito, echóle una rodilla encima del pecho y quedó aquel altivo, orgulloso y atildado señorito, que de ordinario parecía perdonar la vida á todo el mundo, convertido en una especie de sapo ó araña, que en vano arañaba en el aire con los pies.

Medió un momento de silencio en que el vencedor estuvo á punto de romperle la cabeza ó ahogar por completo al señorito, y éste contóse entre los muertos.

—Déjame respirar, hombre, y déjame hablar, y verás cómo te quedas tranquilo, que yo no soy tan malo como tú crees, ni te quiero perjudicar... ¡me puedes creer!

Miróle el charro, y vió que, en efecto, la cara y los ojos del vencido se iban enrojeciendo demasiado, y la respiración era de vez en vez de más fatiga.

Flojó la mano el charro y respiró

el señorito dispuesto á salvar la pelleja, y no por la fuerza de los brazos, sino por el procedimiento de pedir perdón y ofrecer arrepentimiento.

—Suéltame, hombre, que yo te juro por mi madre y por mi vida... que no me vuelvo á acordar de tu novia, y que mañana mismo me marcho de aquí y no vuelvo á poner los pies en este maldito monte... suéltame y yo te daré todo el dinero que quieras...

—A mí no me hace falta dinero, y se lo puede usté guardar donde le quepa.

—Bueno, hombre, si yo no quiero agraviarte... puedes creerme... yo quiero ser amigo tuyo; lo que te quiero decir es que no vuelvo á ver á la moza y que te deseo que te cases con ella en paz y sea por muchos años.

Alzó entonces el charro la pierna que sobre el pecho del caído estaba, como losa de plomo, y levantóse el otro, magullado y fatigoso, limpiándose la chaqueta del polvo del suelo.

—Con que ya sabe usted la receta, y pa gobierno de usted, que á otra vez no me paso como ahora, y echa usted las tripas por la boca donde quiera que lo encuentre, y míe usted que á mí me cuesta poco trabajo, que pa usted no necesito más que éstas, y enseñaba unas manos temibles y unas uñas que debían ser más duras que una piedra.

—Ya te he dicho que no me vuelvo á acordar de esa muchacha ni de la madre que la parió—dijo el señorito á la vista de aquellas uñas y de aquellas manos—y te has de saber que yo no tendré otra cosa, pero á palabra no me gana nadie.

—Pues entonces, ya hemos ha-

blao bastante, que yo tengo que volverme al pueblo pa decirle á la mi moza que mientras yo esté en el mundo no hay quien le llegue á la ropa... y que usted no vuelve por allí, porque al cabo se porta usted como una persona regular.

Sacudióse otra vez la chaqueta el señorito, recorrió con la palma de la mano los pantalones para limpiarlos, y jurando de nuevo ante el charro que al día siguiente se había de alejar de aquellos campos y marchar con la caza á otra parte—juramento que muy sinceramente hacía, y el lector puede y debe creer á pies juntillas—miró á todas partes con ojos espantados, como quien aún duda de su existencia, y echó á andar hacia la alquería, preparando la sonrisita de costumbre para que nadie le conociera el mal rato pasado, y urdiendo una mentira ó las

que le hicieran falta, para disculparse ante los compañeros.

El charro volvióse al pueblo pensando en que también era una lástima que no le hubiera visto la su moza en el punto y hora de tener al señorito cogido por el pescuezo y á dos pasos de echar las sopas que le dieron cuando era chiquito; ¡lástima de gallardías que nunca contemplaba la serrana!

.....

Y aquí concluyó la escena y se separaron los actores, estaba anocheciendo.

Una luz blanca como la nieve servía de fondo en que se proyectaban los troncos de los árboles y la masa negra de la fronda compacta; y por cima de las cabezas redondas de las encinas volvía á reinar aquella viva y celeste claridad apenas cruzada por franjas de grana que

más arriba se desleían en el azul, cada vez más fuerte y más turquí que por la espalda iba desplegando la cercana noche.

El airecillo fresco recorrió la arboleda, despertando las hojas que al calor del sol se habían dormido.

Y la poesía de la noche, el genio de las tinieblas, el numen de la tristeza extendieron su manto por el monte, y á sus evocaciones respondieron las alondras con sus últimos sentidísimos arpegios y tal cual cantar lánguido y dulce del labrador que volvía de la jornada.

El mal rato pasado y la impresión producida por el contratiempo y el fracaso, lograron producir en el alma de aquel elegante señorito una saludable reflexión.

Vió entonces que hay en el mundo gentes de temple y arriesgo, defensoras de la debilidad y del honor,

y que esas gentes tienen á sus órdenes cuerpos aguerridos, prontos á pelearse con cualquiera y bien dispuestos para luchar con fortuna.

Vióse inferior en cuerpo y alma al charro, y aunque á disgusto y con tristeza, sacó del lance un penoso conocimiento de pobreza propia, de flaqueza espiritual... y de miedo femenil.

Y vió todo esto á la luz del anochecer, á cuyos reflejos se agrandan los pesares y crece y se apodera del hombre la melancolía.

\* \* \*

Al llegar á este punto la narración, debo advertir al lector amable que ha puesto en la lectura su paciencia á prueba, que todos estos líos de serranos y charros, y los que aún me faltan por contar, me los refirió

un buen amigo, charro también, que me acompañó á sol y á sombra en Valdejimena por aquellos días de la fiesta renombrada.

Y me va á ocurrir una cosa lamentable, de la que á toda costa quiero descargar la conciencia. El buen hombre se me va á quejar de que no le dejo «hablar», esto es, de que yo describo las cosas con mi pluma y mis palabras, y no con sus palabras y su estilo.

Dejémosle, pues, hablar, y pues vamos de camino, que nos cuente él lo que hay en lo alto del Cornazo.

Así como así, la subida es tan áspera, que llega uno arriba sin aliento para más discursos.

Y hablemos algo de mi compañero.

de buen sentido, el cual también  
puede ser considerado a los fines de la  
en el momento por aquellos que  
la fiesta celebrada.  
Y me va a decir que cosa es  
nuestro, de la que en toda cosa  
puede descender la conciencia. El  
buen hombre se va a parar a  
que no le da el hablar, en un  
que se desahoga las cosas con  
plena y una palabra, y me  
palabras, sin ellas.  
El hombre que habla y piensa  
y tiene de cada una que nos  
le da un rayo de luz del  
Así como la vida es un  
para, que hoy, en un  
to para nos  
El hombre que

## Un poco de pintura

### El Cornazo

Yendo de Valdejimena á Horcajo, un poco á la izquierda, se ve una altura que por estar calva de encinas se señala, y por dominar paisaje admirable bien merece que el que ande por estos campos se desvíe algo del camino y suba hasta lo más encumbrado del monte, hasta unas piedras que allá arriba ofrecen descanso nemoroso.

Nada vale el alto de la Judierna, allí cercano, ni los veinte riscos y colinas coronadas de árboles, ni el

alto de la Ermita, ni el egido del valle del Abad, nada valen al lado del «Cornazo», centro natural de un panorama que á nadie tiene que envidiar en punto á grandeza y hermosura.

Este es un monte «muy solemne», me dijo mi rústico compañero de excursión, un hombre que no por ser ahora regidor del ilustre concejo del pueblo, se olvidaba de que en otros tiempos había guardado ganado por aquellos vericuetos que conocía *b* por *b* y *á* por *á*.

Era, por esta condición, el buen hombre un gran botánico, y á él debo el conocimiento minucioso y exacto de la flora del monte, con sus nombres propios y no con aquellos otros nombres que les dieron Linneo ó De Candolle, sin contar con los charros de Horcajo Medianero.

Era el amigo, como buen natura-

lista, un tanto socarrón, y de camino me fué contando chistes, tantos, que pedir más sería avaricia; pero eran chistes más propios del Sancho Panza de Avellaneda que del Sancho de Cervantes.

Comenzó por calificar de lo que no se puede decir á la casa del Concejo, y concluyó por llamar calle de Abrazamozas á una estrecha calle del lugar; me dijo que había echado una piedra en la encina de los remiendos «pa que no rabiara más la su mujer»; hizo un largo y casi elocuente discursito sobre las excelencias del vino con relación al agua, por la mejor *respiración* que aquél tiene, porque «de cogerla, cogerla con tinto, que siempre da mejor color», porque un hombre *templao*, sin ofender á nadie, es capaz de llamar de tú al Sr. Obispo si á mano viene, y como *última ratio*, me dijo, que

por tener el vino aplicación á todo, la tenía también para después de comer arroz con leche, por aquello de que á manta blanca le está bien ribete colorao.

El «asperges» de la misa de Valdejimena le pareció un tanto «empampirolao», palabra que aun siendo un poco larga expresa bien lo que significa; había notado que en la romería hubo menos *embriagos* que otros años, sin duda por haber venido el día una «miaja desatento»; había visto un carro muy pintado y fachendoso, pero que al igual de las señoras que dicen que se pintan, el color tapaba las «macas de la maera, que debía tener más cuendas que un espinazo»; y por último, para ponderar el regocijo de las gentes en la romería, me dijo, que un vendedor de rosquillas daba media libra en vez de una y nadie se

había quejado por ello; ¡si estarían distraídos!

.....  
Con estos y otros prólogos llegamos á lo alto del Cornazo, no diré yo que tan fatigados como Sísifo, pero poco menos.

Mi compañero, más acostumbrado sin duda á aquellas ascensiones, conservó la gana de hablar, y por tal razón será bueno también dejarle en el uso de la palabra, para que me cuente lo que en el Cornazo se cría.

Decía, pues, el amigo:

Aquí verá usted la yerba sangui-  
naria, que las mujeres bien saben pa  
que sirve; esta yerba la llamamos  
nosotros hortigones y es buena pa  
los pavos que se comen ustedes en  
la ciudad con viruela y todo; las  
acederas que dan unos granitos mu  
buenos pa curar los rosos de los

caballos; la retrónica que huele mu bien según está á la vista; las yerbas gatunas que también hay quien las dice uñas de milano, y en lo respectivo á tomillos tiene usté aquí pa él y pa ella, pa dejar y pa guardar; el de la moradita y puntiaguda, que es el de mejor aroma en su clase; el tomillo rausero pa las fiestas de iglesia, y pué que no vengan mal ahora unas coplitas, aunque ya no tiene uno el humor de mozo.

Tomillito rausero,  
tente en la rama,  
que hay otro tomillito  
que á oler te gana.

Y.....

A tomillo rausero  
huele mi niña,  
como viene del campo  
no es maravilla.

Conque, ya ve usté si hay flores por aquí, que no toas se las han de

poner las señoritas en los sombreros...; pues por romero no lo deje usted, que aquí hay una buena embrazá y buen aliento que tiene; estas florecillas tan doradas las llaman guapinas los muchachos y no le sabré decir á usted más de ellas; ésta es la alberja de monte, que hay á quien le gusta mucho, pero es un poco mala de pasar; ésta es la flor del espino de majoleta que da un parecido al olor del sauco; la espuela de caballero ya la conoce todo el mundo, y por eso no me meto á explicarla; en cambio ésta pué que si no se lo dijera yo no lo quisiera usted creer que tiene un sabor mu duro, como que se llama hiel de la tierra, que aunque la flor es azulita, sabe á demonios coronaos; también es algo agrio este aciderón tan encarnadito y tan guapo; estas amarillitas son achicorias que se las dan

á ustés por café, según cuenta el señor médico, que es hombre que ha visto mucho; y esto es lo que llaman malrullo, que vale pa curar heridas á los ganaos y á las mismas presonas, aunque no sea todo uno, pero que en lo tocante á heridas lo mesmo me da; y míe usté por cuanto ha brotao aquí un roble que se lo he de decir á los del pueblo pa que vean que en el Cornazo hay de todo.

Y ahora usté dirá lo que quiera, que yo pa no tener estudios bastante me he explicao, á mi manera, y pa que usté lo sepa toas las medecinas de la botica las hacen de estas yerbas, aunque luego las cuecen ó las echan mil mejunjes, pero con estas cosas basta pa toas las dolencias del hombre, y tendrán ustés flores más guapas, pero lo que es estos aires tan saludables no se cue-  
lan por Salamanca, que sólo con ve-

nir aquí se le abren á uno las ganas de comer, y paece que lo agradece la persona.

Pues no quiero decirle á usted nada de la tierra que se ve desde el Cornazo.

Y en efecto, el panorama era magnífico.

Que si bizarro es el campo desde la altura de la Peña de Francia, es más castizo, más salamanquino, el que deleita los ojos desde el alto del Cornazo.

Veíase desde allí tan dilatada extensión, tan anchos horizontes, tan grandes encinares, y tales y tantos pueblos y tierras de labor, que el más puro é intenso placer llenaba los sentidos recreando los ojos, una oleada de paz y bienestar levantaba suavemente á impulso del aire de

grandeza, que parecía vivir en aquella hermosa altura.

No había en el Cornazo aquellos «valles al abismo y sierras al cielo», de que habla Hurtado de Mendoza al describir la Sierra Nevada; pero sí era imponente por lo grande y espléndido el paisaje.

Por el norte los interminables encinares de Gallegos y Carabias y más allá y antes de la enorme meseta de Carpio el castillo de Alba, el paredón de las ruinas de los Jerónimos y el fondo gris de las casas de la villa ducal; á la derecha los altos de Babilafuente y toda la tierra de las villas Moríñigo, Villoria, Villoruera...; los montes de Juarros y San Mamés y Garcigrande, y corriendo la vista un poco más, descollaba la picota de Chagarcía, el monte de Diego Alvaro, la blanca ermita de

San Miguel de Jerrezuela, la hermosa dehesa del Castillo... los pueblos Martínez y Zapardiel, de la provincia de Avila; el monte de Rebollar de Tórtoles; la bella alquería de Santa María de los Montalvos; la ermita de la Estrella, y detrás la nieve coronando el cerro de Labrota; en la sierra se señalaba entre la nieve el puerto de Villatoro, el robledal y las arboledas de Arevalillo....., y al mediodía la sierra azul de Piedrahita como límite del monte de Padierno; el castillo altísimo del Mirón..., la sierra de Mercadillo, los picos de Gredos, la hermosa cordillera de Vallejera y Béjar y Ventosa y la gallarda Peña de Francia, en la que la fe, más bien que los ojos de mi compañero, señalaban un punto que, según él decía, era la Ermita.

Y á nuestros pies una indescripti-

ble enorme masa de encinas, á veces obscuras, negras á la sombra de una nube espesa, á ratos brillando á los rayos del sol del mes de las flores; á trechos abigarradas y en escuadrón; á trozos más claras y separadas, dejando ver el suelo alfombrado con todos los cambiantes y matices que sólo sabe pintar el sol y sólo saben ofrecer los prados; y entre las cordilleras lejanas y los vecinos montes veíanse los pueblos de Juarros y Armenteros y Narriillos y Sancho Pedro y Padierno y el Mirón y Zapardiel y la silueta de Peñaranda y la gran laguna de Valverde reflejando luz.

¡Qué gran tribuna era aquella para que todas las musas, en armonioso coro, convocaran con dulce reclamo á los poetas, á los artistas, á los que quieren vivir, á los que mandan y á los que obedecen, á los

que aprenden y á los que enseñan, para llamarlos á juicio y decirles: venid, poetas, hijos predilectos de la luz del cielo, empapad los ojos en la serena poesía de estos campos que para el romántico tiene lirismos escondidos y para la onomatopeya descripciones de realidad insuperable; venid, místicos enamorados, y alzad el vuelo, que aquí hay aire donde tender las alas y fuego en que templar el corazón; venid, realistas, que este es vuestro teatro abierto al resplandor de la mañana y á las tinieblas de la noche; músicos, prestad oído y recoged el tono para á él amoldar vuestros pentágramas, que hay aquí un órgano magnífico pulsado por manos de los ángeles y no sabéis vosotros entonar mejor; pintores, buscad color en este estudio inefable; los que queréis vivir, sabed ●

que aquí se vive, respirad, que el aire frío de la nevada sierra viene filtrado por robles y encinas y pinares y no hay aquí callejas que lo envenenen sino tomillos, romeros y mejorana que lo embalsaman y tonifican; venid maestros de toda ciencia, traed los niños para que aprendan á ver, oír, sentir y pensar más y mejor que en los libros.

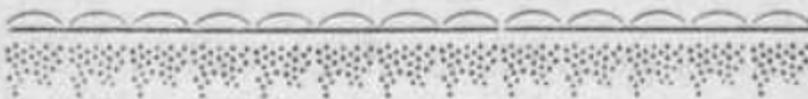
. . . . .  
Y parecióme que también á mí en la invocación á los pobres me llamaban y decían: ven acá tú, pobre pro-sista, que amas el campo de tu país, el campo salamanquino y te empeñas en que lo amen los demás, ven acá y mira y contempla aquella tierra mísera en que la siembra se perdió en más de la mitad y no basta la labor á restaurarla, pero repara también en que las amapolas la

prefieren y la adornan y las alondras parece que en ella cantan más y mejor; así es el arte, que aun cayendo en espíritus pobres los recrea y los alegra.





---



## XII

### Otoñal.

**Donde sigue su curso la narración.**

En tanto sucedían las escenas de la interrumpida narración, la buena moza serrana, la que en la romería de Valdejimena lucía los bajos recamados de primores de esos encajes de Almagro que son la filigrana tejida por las manos de las mujeres de la Sierra, la que tan á mal traer había traído á dos mozos de pueblo y un exmozo de ciudad; la que con collares y cruces y medallas y medallones y pendientes de aljófara valía un dineral, y aun sin tan apre-

ciadas prendas también valía no dinero, sino algo más digno de tal cambio; la que gustaba más de vivir en el llano salamanquino que en la pintoresca sierra..... había pasado «las de Caín», como quien dice, viendo unas veces en peligro su nombre, y siendo siempre traída y llevada en lenguas, que es como andar en las astas de un toro.

Si el charro hubiera sido el único amante de la moza, los padres de ésta, previos los informes que tuvieron, y que en nada eran desfavorables al galán, ningún reparo hubieran puesto á la buena marcha del asunto, pero eso de ver que por su hija iban á reñir dos hombres—cosa que se veía venir desde que en la romería de Valdejimena comenzó la función—era algo que la familia de la serrana no podía ver bien, y de la que no había de salir ganando na-

die, y menos el buen concepto de la moza.

Porque la gente siempre piensa lo peor, y lo que pensaba la gente era que algo tendrían que agradecer á la muchacha los dos tan decididos y tercios perseguidores.

El lance del señorito vino á empeorar la situación, y he aquí por qué respetables y poderosas razones, apenas pisaba la calle la serrana, como no fuera en compañía de su padre ó su madre, y éstos ponían cara de judíos cada vez que tenían la buena suerte de tropezarse en el camino con alguno de los pobres amantes.

¡No se ha visto nunca reclusión como la que sufriera aquella muchacha!

A solas se había guardado sus quereres, y á solas había sufrido sus pesares, pero no nos será imposible,

por conjeturas é hipótesis, sospechar cuáles eran los primeros; los segundos son consecuencia de aquéllos.

Del señorito no hay que hablar, pues dicho sea en alabanza de la honrada moza, sólo repugnancia había logrado inspirarla aquel hombre ruín; y era la moza como las damas de las comedias calderonianas: harto celosa de su honor.

De los otros dos solicitantes ya era otra cosa.

Sospechamos que si fuera posible, la moza hubiera optado... por los dos, pero no siendo esto costumbre, ¡y más vale así!, y puesta en el caso de elegir, habíase inclinado, desde muy pronto, á querer al charro, sea por la mayor gallardía y apostura de éste, sea por lo que sea.

Y ya en el camino, cada día había ido cultivando aquel cariño, y

no había sido mal cultivo el de la ausencia obligada y el silencio y alejamiento forzosos; y más que, ó mucho nos engañamos, ó el padre y la madre de la muchacha alguna vez se habían permitido hablar, en familia por supuesto, de que en cuanto se quitaran del medio los estorbos, acaso, acaso, pudieran arreglarse un día las cosas á gusto de todos, si es que el charro era, como parecía, hombre formal y su *querencia* no era cosa de broma, como esas bromas que nacen en las romerías entre la gente joven.

Y si así pensaba y sentía la serrana, también es bueno saber lo que el serrano, después de la paliza, discurría y las tormentas que en su pecho se agitaron y cómo, poco á poco, vinieron á calmarse más pronto cuanto más violentas habían sido... *nihil violentum*, etc.

Buscó ¡eso sí! al «maldito charro» para matarlo y después comerle la asadura, pero ni el otro tenía más gana de reñir ni ese es el camino, y yo no sé qué sabio fué el que dijo que mal riñen dos cuando uno no quiere.

Además la paliza no había sido á traición, sino cara á cara, y según cayó él podía haber caído el otro y en esto del pegar no siempre se puede lo que se quiere, y lo único que se puede exigir á cada cual es poner de su parte los medios, es decir, la navaja ó la tranca, y después venga lo que venga.

Con estos razonables pensamientos y un encargo que le dió su padre para que fuera á Ciudad-Rodrigo á negocios de cambio de ganado y compra de aperos de labranza, se le fué pasando la gana de matar, y vió que el mundo hay que to.

marlo según venga, ¡filosofía esta última de más utilidad de lo que parece, por muy vulgar que sea!

¿Y para qué se había de llevar él malos ratos por la moza que cuando vinieron de vuelta de Valdejimeña maldito el caso que le había hecho, y en unos cuantos días que tardó en presentarse el charro en la Sierra, no había recibido de ella y de sus padres y parientes ¡y hasta del perro que siempre estaba á la puerta de la casa!, otra cosa que malas razones y ladridos, respectivamente?

— ¡Bien tonto sería él! como le decían con mucha razón en su propia cara todos los días y á todas horas; y si alguien le aconsejaba lo contrario, era algún mal amigo, que nunca faltan, y que seguramente se proponía enzarzar las cosas para divertirse un rato desde la barrera.

Pero ¡ay!, de vez en cuando se acordaba de las faldas cortas de la serrana, de la gracia con que daba vueltas en el baile, de su robusto pecho, de su redondez encantadora, y revolviósele la sangre al mozo al pensar que aquella hermosura había de ser para él lo que son las uvas moscateles para el pobre *pidior*, que en su vida las ha de ver de cerca.

Y no era esto lo peor, sino que también se le ocurría al desgraciado el pensamiento siniestro de que toda su desventura provenía de que su familia era más pobre que la familia del charro, y que todos los males que á él le acontecían en el mundo, éranle acarreados por la relativa pobreza suya, y sin haber leído á Bakounine ni á Kropotkine, sentía rebullirle en el cerebro ese anarquismo, que no consiste en otra co-

sa—sabios aparte—sino en la vulgar y necia gana que todos tenemos de ser ricos y, por consiguiente, de dejar de ser demócratas, ó socialistas, ó anarquistas... ó atrasados de cuentas, que todo ello viene á ser próximamente lo mismo.

Pero estos eran fugaces pensamientos que le amargaban el alma un momento, y lo que flotaba después era un intenso deseo de gozar, de divertirse, de ver serranas con saya ondulante y recogida, de acercarse á ellas y requebrarlas, y decirles todas esas cosas del repertorio de un enamorado ambulante, tan enamorado y tan ambulante y galanteador como estos osos que, en las puertas de las iglesias, de los teatros, de todas partes forman interminable cola y parecen haber nacido precisamente para eso, ¡para cola de la humanidad!

En cambio el charro.....

¡Ah!, el charro era dichoso.

Ni le habían preocupado las faenas de la recolección, ni si los garbanzos de la linde se habían quemado algo con las mareas de los amañeceres de Junio, ni todas aquellas cosas que es bueno preocupen á los hijos de un labrador, y más aún si ellos también han de vivir de la labranza.

A él todo parecía tenerle descuidado, y la fortuna fué que pasó la tormenta, que de continuar así más le valiera ponerse á pasear por la plaza de Salamanca como hacen tantos y tantos acreditados andarines.

Su padre inclinábase, en vista de la *tontera* del mozo, á terminar aquello «ó pa un lao ó pa otro», porque así se iba perdiendo el tiempo y ya no estaba él para atender á todo, á la casa, á los criados, á la hacienda

y al Ayuntamiento, del cual era Regidor y sería Alcalde el día menos pensado.

Su madre, que siempre fué la más rehacia en el asunto, no quería dar su brazo á torcer, por un por si acaso, y porque á la buena mujer todo se le hacía poco para el su galán, sabiendo como ella sabía lo que el día de mañana había de ir á parar á manos del mozo, y lo que éste de por sí valía por lo arreglado que era para sus cosas, y lo trabajador que siempre fué, á lo menos, hasta aquellos «demonios de bodorrios», que al decir de la madre y de muchas otras personas, lo traían trastornado.

Lo que sí le parecía á la mujer era que no corrían tanta prisa las cosas como el mozo quería y como el *cachaça* del padre daba á entender, aunque éste dijera, por disculpa

tal vez, que lo que quería era meter en cintura al muchacho.

Y éste, erre que erre, hombre terco y tenaz é invencible, había tomado su resolución, y ni un par de bueyes le apartaban de la senda que desde la romería de Valdejimena se había propuesto andar.

Como querer á la serrana, ¡vaya si la quería el galán como ella merecía!, y complaciase en pensar lo que había de llamar la atención en el pueblo la garrida moza, pues por muchas ponderaciones que de ella había hecho él, todavía se quedaba corto, y poco era para comparación de su hermosura la misma torre de la iglesia que en lo alta y esbelta y *pulida* ganaba á todas las torres de muchos pueblos cercanos, como había de aventajar á todas las mozas del lugar la su serrana.

¡Y cómo la había de comprar él

un pañuelo bordado, con ramos encarnados sobre fondo amarillo y con flecos de á media vara; y una cruz de diamantes, y una mantilla de ro-cador, por si quería vestirse algún día; y todo un traje de charra, he-cho en el pueblo por la que mejor los entendía, y unos zapatos *reman-gaos* que dieran la hora... ¡y hasta con un reloj de oro que había de pe-sar lo menos, lo menos cincuenta duros!

¡Y cuánta envidia la habían de te-ner las mozas todas del pueblo, así que la vieran, y mayormente aque-lla Manuela Josefa que le había des-preciado á él, porque sin duda esta-ba esperando algún marqués de esos que le dan aire al dinero!

¡Y cómo había de rabiar el Pedro Antonio, el hijo del Juez, que se ha-bía llegado á creer que nadie podía

encontrar una mujer más guapa que la su novia!

¡Y cuál había de ser el gozo de la serrana al ver aquella casa tan buena que había de ser suya, y aquellas tierras tan mollares que daban ciento por uno, y aquellas yuntas tan valientes, y toda la hacienda tan saneada y campurosa sobre la cual había ella de extender su mano gobernante.

En suma: el serrano, en plena retirada, y el charro en completa gallardía de vencedor, no digo yo que quedaran amigos, porque al fin y al cabo los estacazos dejan recuerdo para rato y recuerdo poco agradable y nada propicio para base de amistad entrañable y fraternal.

¡Gracias á que una pelea no dé origen á otra que es lo más frecuente, y gracias á que al serrano se le

pasó pronto el coscorrón y no tardó en olvidarse de las lozanas de la moza!

Y fué esto último, precisamente por eso, porque el mozo no se había enamorado propiamente de la serrana sino de su saludable robustez y, francamente, no es esa base para un cariño, por la razón sencilla de que tardó muy poco el mozo en ver otras mozas igualmente lozanas y se echó la cuenta de que cosa que abunda en todas partes, es fácil encontrar; y tan cierto es esto, que apenas había transcurrido un mes cuando ya el serrano se había enamorado de otra paisana, que lo menos pesaría tres arrobas más que la de marras, en lo cual parecía radicar, para gusto del serrano, toda la belleza de Venus y todas las esencias de Cupido.

Sin duda el hombre no había leí-

do á Ovidio cuando habla del «solícito temor» en que, según el clásico, consiste el verdadero amor; ni en materia de arte escultural ó arquitectónico pasaba de ser un aficionado al barroquismo y á los angelones que Churriguera ha repartido por los fuertes de las columnas de los retablos de los templos de la monumental Salamanca.

Mal gusto ha sido siempre éste, en efecto, pero es preciso confesar que abunda por los pueblos, donde el engordar es algo muy digno del hombre y de la mujer, y cosa distinguida y propia de gentes que son superiores á las demás.

Cuestión de kilos.

Así estaban las personas cuando llegó de nuevo con el otoño la faena; el mundo, en tanto, seguía como si tal cosa, y volvieron las lluvias de fin de verano, y el campo de Sa-

lamanca de nuevo se preparó á re-verdecer y rebrotar.

Es el otoño en estas tierras la más amena y hermosa estación del año, pues la primavera es loca, el invierno áspero y duradero, y el verano abrasador y desigual.

Los aguaceros de Septiembre que brantan el ardor y apagan la sequía de los campos, y poco después los rastrojos áridos y amarillentos que el polvo cubrió de color sucio, se teñían de un verde ligero y claro de las semillas que cayeron de las espigas rotas, y ahora, al primer riego germinaban.

Las hojas de las encinas y los álamos, alerces y fresnos se lavan y embellecen, y á los reflejos del sol brillan como espejuelos.

Oteros y lomas cambian de matiz y aspecto al empapar sedientos el agua de la lluvia, y tiéndese por valles y por montes el aroma de la tie-

rra mojada y el dulce frescor que el cuerpo recibe embebecido.

Los bueyes de la labor que perdieron libras con el calor, salen ahora con gusto á la faena, y á poco vuelve á relucirles el pelo y á redondearse sus amplios lomos y robustas ancas.

Los caballos, en que el labrador y el montaraz salen á recorrer la dehesa ó las tierras labrantías, y van á la ciudad ó al más próximo ó célebre mercado, parece que trotan más briosos y lozanos, y desde las locas abubillas del encinar hasta las pacíficas ovejas, todo renace y revive, así que concluyen los calores estivales y viene esa dulce estación que los poetas aman tanto.

¿Y cómo no amarla, si es ella la que se adorna con

los de otoño atardeceres dulces  
de manso resbalar,

que dice el gran poeta que canta, como nadie cantó, las *Castellanas*?

De mañana es más alegre el campo que otras veces, porque parece ya aquel fresco el preludio del invierno, y es sabido que nada hay más risueño y más sabroso que lo que pronto se ha de perder.

Por la tarde, un sol que no quema, pero brilla mucho con luz dorada y placentera, parece complacerse en iluminar con amables centellas los árboles y las casas, las cuevas y las hondonadas, y en las aguas corretonas del regato ó en la serena y sosegada tersura del agua de la charca, se reflejan los carmines del sol y el turquí del cielo con inefables resplandores.

Las noches son serenas, apacibles, y conservan la dulce tristeza del crepúsculo, como esos seres que toda la vida llevan en la frente la sombra de una pena.

Y si esto es de ordinario, el año en que sucedió lo que ahora diremos—que fué al siguiente de ocurrir la paliza del serrano y el vencimiento del señorito—aún vino el tiempo más suave y más hermoso; y la mañana del 3 de Octubre estaba como no se podía pedir más ni mejor; es decir, se podría pedir, pero no sin avaricia.

Camino de Valdejimena entraban en la dehesa de Horcajo, según se viene de la Anaya, y en lucida cabalgata, unas quince personas.

Delante, sobre jamuga encarnada con flecos que cubrían la cincha del gallardo mulo, brillaba como nunca la hermosa serrana vestida con todos aquellos lujos y primores que para la fiesta más resonada pueden acumularse sobre una mujer.

A su lado, cabalgaba el charro de nuestra historia, lo más elegante, orgulloso y lleno de *fantasia* que

puede figurarse; con una camisa que para sí la quisieran muchos, y un chaleco bordado en oro que valía un Perú.

Y en desigual y pintoresca situación venían rodeando á la pareja cuando la anchura del camino lo permitía, los padres de los mozos y aquellas personas de su agrado, todos vestidos á la par de ellos y bastante bien para no desdecir de su lujo y elegancia.

Unos con traje de charro, otros de serrano, todos iban compuestos y *emperejilados*, todos contentos y decidores.

Junto á una encina estaban echando un cigarro el guarda del monte y un vaquero de Valverde, que al ver pasar la comitiva suspendieron la conversación.

El vaquero quedóse con el cigarro en la mano izquierda en actitud

de ir á encender, y en la derecha el humeante cartón del *mixto*, y mirando al guarda con aire picaresco le dijo:

— Esto me huele á casorio.





## XIII

### Lo de siempre.

#### Donde termina.

En dirección contraria, y como viniendo de los montes de Zapardiel, se veía un grupo, aún lejano, que más bien se distinguía por el polvo que al trotar levantaban los caballos.

Era que el señor de Pérez de López, con unos cuantos amigos, regresaban de cazar en una dehesa y venían «cortando» para coger el tren.

Así que se acercaron algo más una á otra comitiva, el señor de Pérez de López, que aún conservaba

buena vista, se enteró de cuáles eran las gentes que por el monte venían, y verlos y resolverse á torcer el camino que traían todo fué uno.

En cambio los compañeros de excursión sintieron curiosidad y gana de acercarse para ver de cerca las mozas que en el grupo cercano se veían, y muy apurado se hubiera visto el señor Pérez si no hubiera echado mano de un recurso tan fácil como eficaz.

De repente hizo como que miraba fijamente á un lejano punto, alzóse con brío en los estribos, y zumbando los perros y echándose casi por completo hacia la crin del caballo, metió espuelas gritando como un loco:

—¡Caza... caza!—¡Una liebre... una liebre!...

Todos echaron á escape tras él y tras de la supuesta pieza, dejando

libre el camino á la cabalgata de los charros y los serranos.

Lo que le había pasado al señor Pérez de López era que en cuanto se convenció de que uno de los que venían por el monte era el charro de la otra vez, parecióle que se le oprimía la garganta, como si de pronto se le hubieran inflamado las amígdalas: pura ilusión también, pero ilusión molesta y nada grata.

Y la garganta es un camino muy estrecho...



Lea 5/5/02

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Capítulo I.—La Romería. . . . .	5
Cap. II.—Españolismo puro. . . . .	23
Cap. III.—De cómo empieza una broma. . . . .	37
Cap. IV.—Capítulo de cuentas. . . . .	53
Cap. V.—Intermedio musical.—De ronda . . . . .	85
Cap. VI.—Latifundia... etc., etc. . . . .	95
Cap. VII.—Otro poco de música de Rossini y... de ¡Wag- ner! . . . . .	109
Cap. VIII.—La sierra y el llano. . . . .	121
Cap. IX.—Un asunto de pastores y ganados.—El pastor con ganas de hablar..	133
Cap. X.—Caza mayor. . . . .	151
Cap. XI.—Un poco de pintura.—El Cornazo. . . . .	171
Cap. XII.—Otoñal.—Donde sigue su curso la narración.	187
Cap. XIII.—Lo de siempre.—Donde termina. . . . .	209

# ERRATAS

---

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
85	6	<i>mozo</i>	<i>charro</i>
89	11	<i>casita</i>	<i>carita</i>
111	13	<i>sanguinoseo</i>	<i>sanguinario</i>
154	5	<i>persona</i>	<i>perro</i>
176	13 y 18	<i>rausero</i>	<i>sausero</i>
202	8	<i>fuertes</i>	<i>fustes</i>



1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

1871

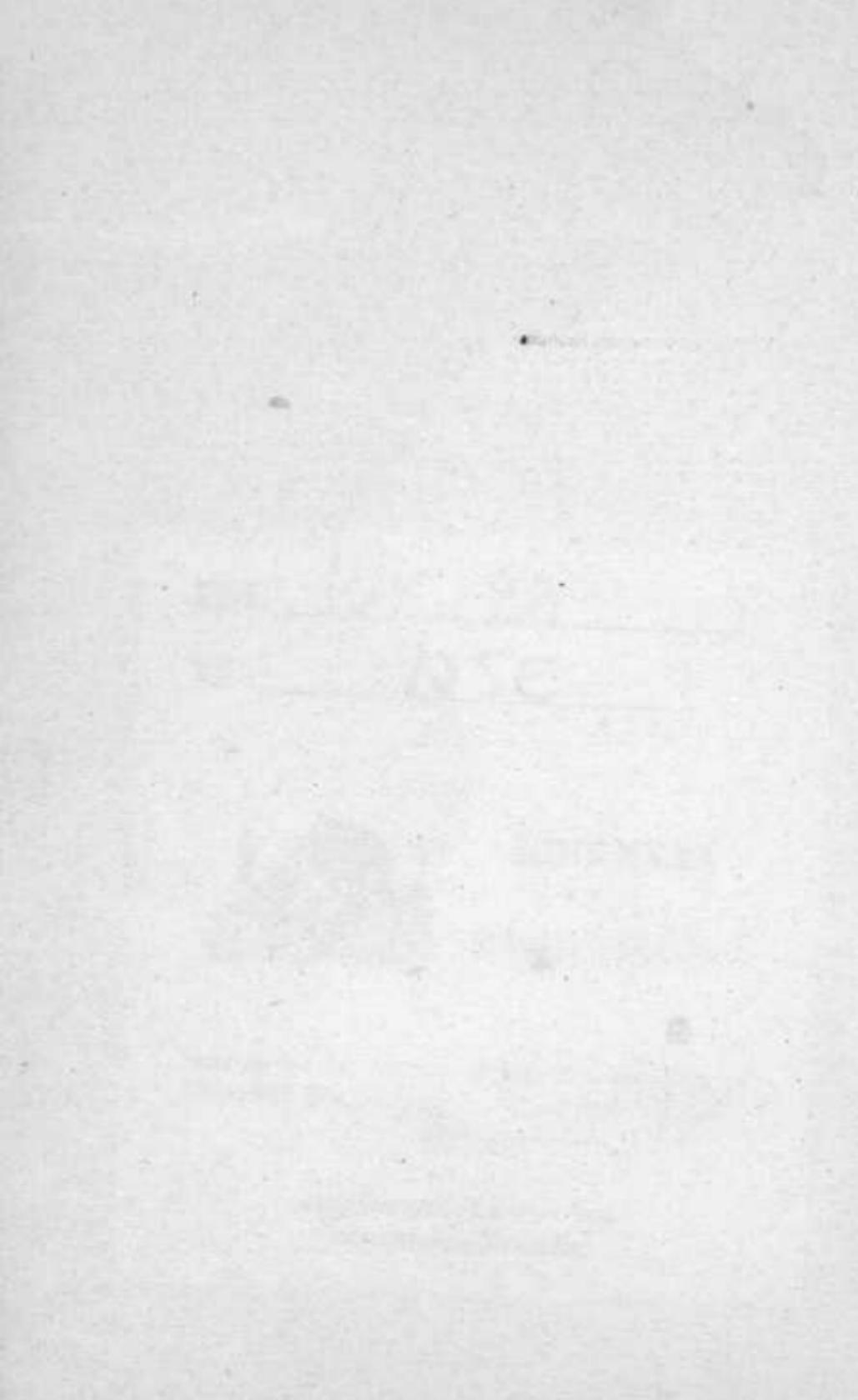
1871

1871

1871

1871

1871



Oct. 29/07

125 £

Ref. PAT 89

€ 1250



**LIBRERÍA  
LA  
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16  
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11  
Tfno.: 987 215 285

**LEÓN**

[www.latrastiendalibros.com](http://www.latrastiendalibros.com)  
[latrastienda@inicia.es](mailto:latrastienda@inicia.es)

Véndese esta obra, al precio de **UNA PESETA**, en la Sociedad Editorial de Buenas Lecturas, Doctor Riesco, 41, y en las principales Librerías.

---

Sociedad Editorial de Buenas Lecturas.

**G 43179**